

EL HIJO DE DON JUAN

EL HIJO DE DON JUAN

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN PROSA

INSPIRADO POR LA LECTURA DE LA OBRA DE IBSEN TITULADA

GENGANGERE

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 29 de Marzo de 1892.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	SRTA. CALDERÓN.
DOÑA DOLORES	SRA. GUILLÉN.
PACA	» ESTRADA.
TERESA	SRTA. ALISEDO.
LÁZARO	DON RICARDO CALVO.
DON JUAN	» DONATO JIMÉNEZ.
DON TIMOTEO	SR. DÍAZ.
EL DOCTOR BERMÚDEZ	» PÉREZ.
JAVIER	» RIVELLES.
DON NEMESIO	DON FERNANDO CALVO.



DOS PALABRAS A MANERA DE PROLOGO

Procurando adivinar el pensamiento de mi último drama *El hijo de don Juan*, han dicho los críticos varias cosas.

Que el pensamiento era el mismo que inspiró á Ibsen en su célebre obra titulada *Gengangere*.

Que las pasiones que en él se agitan, son más propias de aquellos países del Norte, que de nuestras regiones meridionales.

Que se trata del problema de la locura hereditaria.

Que se discute la ley de herencia.

Que es tétrico y lúgubre, sin más objeto que el de producir horror.

Que es un drama puramente patológico.

Que no hay en él más que el proceso de una locura.

Que desde el momento en que se adivina que Lázaro ha de volverse loco, acabó el interés de la obra, y no queda más que seguir paso á paso el naufragio del pobre sér.

Y así sucesivamente.

Yo creo que todo esto no es otra cosa que una serie de lamentables equivocaciones de los grandes y pequeños juzgadores del arte dramático.

No es ninguno de estos el pensamiento de mi drama.

Su pensamiento es muy otro, pero yo no lo explicaré:

¿para qué? en todas las escenas de mi obra, en todos sus personajes, casi en todas sus frases, está explicado.

Además, el explicarlo sería peligroso: podría imaginarse que mi propósito era defender al pobre hijo de don Juan, con el pretexto de explanar la idea madre de donde ha brotado.

Yo no defiendo nunca mis dramas: cuando escribo su última palabra, los abandono á su suerte. Ni los defiendo material ni moralmente. Concluyo un drama, se lo doy á la empresa, se representa, gusta ó no gusta y á la gracia de Dios. La empresa hace lo que más conviene á sus intereses, sin que yo la moleste: los actores lo representan como pueden, casi siempre muy bien: el público juzga en uno ó en otro sentido, según lo que siente y los críticos se desahogan á satisfacción.

No quiero ni debo, siquiera por buen gusto, defender mi nuevo drama; pero hay en él una frase que *no es mía*, que *es de Ibsen*, y esa debo defenderla enérgicamente, porque me parece que es de extraordinaria hermosura.

«Madre, dame el sol:» dice Lázaro. Y esta frase sencilla, infantil, casi cómica, encierra un mundo de ideas, un océano de sentimientos, un infierno de dolores, una lección cruel, un ¡alerta! supremo á la sociedad y á la familia.

Yo así lo veo.

Una generación, devorada por el vicio; que lleva hasta en los huesos el virus engendrado por el amor impuro; con la sangre corrompida, que arrastra organismos de corrupción mezclados á sus glóbulos rojos, va cayendo y cayendo en los abismos del idiotismo: el grito de Lázaro es el *último crepúsculo* de una razón que se hunde en la eterna negrura de la imbecilidad. Y al mismo tiempo la naturaleza despierta y el sol sale: otro *crepúsculo* que será bien pronto todo luz.

Y los dos crepúsculos se encuentran, y se cruzan, y se saludan, con saludo de eterna despedida, al concluir el drama. La razón, que se precipita empujada por la corrupción del placer. El sol, que brota con llamas inmortales, empujado por las fuerzas sublimes de la naturaleza.

Abajo, la razón humana, que se acabó: arriba, el sol que empieza un nuevo día: y «dame el *sol*» dice Lázaro á su madre: también lo pidió don Juan por entre los cabellos de la tarifeña.

Sobre esto hay mucho que decir: esto da mucho que pensar. Porque en efecto, si nuestra sociedad... ¡pero en qué diablo de filosofías voy á meterme yo! Que allá cada cual se las componga como pueda y pida el sol ó pida los cuernos de la luna ó pida lo que le apetezca.

¿Que nadie entiende ni se interesa por estas cosas? ¿y qué? Esto, cuando más, prueba que el don Juan moderno va dejando muchos hijos por el mundo, aunque sin el talento de Lázaro.

Saludemos respetuosamente á los hijos de don Juan.

JOSÉ ECHEGARAY.

ACTO PRIMERO

La escena representa una *sala-despacho*. Decoración elegante y severa con *alguna nota mundana*, representada por cualquier objeto artístico que indique aficiones de esta clase. A la izquierda del espectador, una mesa muy ligera y vistosa para tomar *té* tres ó cuatro personas: encima de la mesa una vela encendida con pantalla de colores claros. Alrededor tres butacas pequeñas, ó butacas y *sillas de fumar*. A la derecha una mesa de despacho; pero no muy grande, maciza y severa: detrás una silla ó butaca de escribir. Al costado de la mesa una gran butaca ó mejor una *chaise-longe*. Sobre la mesa un quinqué encendido con pantalla obscura. Sobre la mesa también, en marco de caballete, la fotografía de Carmen. A la izquierda, primer término, un balcón: á la derecha una chimenea con fuego muy vivo: á un costado una gran pantalla portátil. En puertas y balcón, cortinajes espesos y severos. Puerta en el fondo y á cada lado una puerta. Si es posible, en el fondo también, á la derecha, un pequeño estante, obscuro y rico, con libros; á la izquierda, haciendo *pendant*, una vitrina, obscura como el estante, llena de objetos artísticos. Si esto no es posible, dos muebles equivalentes. En suma, una habitación que indique personas ricas, aunque no opulentas, y sobre todo el contraste de dos gustos: uno severo, otro alegre y mundano. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, DON TIMOTEO y DON NEMESIO

Están sentados alrededor de la mesa de té, bebiendo licores y fumando. Los tres son viejos; pero marcando tipos diversos: los tres llevan el sello de una vida de crápula. En don Juan todavía se conoce que habrá sido gallardo.

JUAN. ¡Timoteo!...

TIM. ¿Qué?

JUAN. Tengo una sospecha.

TIM. ¿Cuál?

JUAN. Que nos vamos volviendo viejos.

TIM. ¿En qué lo has conocido?

JUAN. Te diré: hay síntomas. Cuando cambia el tiempo me duelen todas las articulaciones. Cuando quiero mover esta pierna con gallardía, me cuesta trabajo y al fin la que se mueve es la otra. Y además, la vista se me apaga: cuando veo una morenilla por la calle, me parece que es rubia, y si es rubia se me obscurece de modo que se me antoja morena.

NEM. Eso es debilidad: hay que entonarse. (Bebe una copa.)

JUAN. Mi estómago no resiste ya el alcohol: bebo *por cumplir;* pero sé que me hace daño.

TIM. Porque no es el alcohol de nuestro tiempo.

NEM. Esto es solimán alcoholizado.

TIM. El alcohol es el que se ha hecho viejo. Yo me siento joven todavía. (Contoneándose.) ¡Ay!...

JUAN. ¿Qué tienes?

TIM. Al hacer un movimiento, parece que se me ha desconyuntado toda la columna vertebral. ¡Demonio!... ¡demonio!...

NEM. Se habrá salido algo de su sitio. (Con calma y bebiendo.)

JUAN. Desengañáos: llegamos á *Villa-Vieja.* ¡Por vida de la vida y qué corta es la vida! (Da un puñetazo en la butaca.) ¡Ay!

TIM. ¿Qué te pasa?

JUAN. Un dolor en este codo... y en este hombro...

NEM. ¡El tiempo!... ¡está muy húmedo!... (Bebiendo.)

TIM. Si tú, Juanito, no has sido nunca muy fuerte.

JUAN. ¿Que yo no he sido?... ¿que yo no he sido?... Yo he sido más fuerte que todos vosotros. Yo he estado veinticuatro horas seguidas tirando cartas, y he estado tres días seguidos, encerrado con Luis y con Pacorro, vaciando botellas: y mi patrono San Juan Tenorio, desde el cielo en donde mora en compañía de doña Inés, habrá visto cómo me he portado en empresas amorosas. Vosotros en cambio no habéis sido más que fanfarrones del vicio. ¡Hola, con los estafermos!

TIM. No negamos que hayas sido más loco que cualquiera; pero fuerte... lo que se llama un hombre fuerte... no lo has sido.

NEM. No lo has sido, confiésalo.

JUAN. ¡Qué he de confesar yo!...

TIM. Si á tí te ha pasado lo que no le ha pasado á nadie.

JUAN. ¿Qué me ha pasado á mí?

TIM. Que para enderezarte el espinazo tuvieron que meterte en un estuche de escayola... y te colgaban todos los días dos veces por el pescuezo.

NEM. ¡Es verdad! ¡Es verdad! (Riendo.)

JUAN. Pero fué porque en la Plaza de Toros anduvimos á palos y me desgonzaron dos vértebras: eso le pasa á cualquiera.

TIM. No, no; no eras como nosotros. ¿Te acuerdas, Nemesio? «¿Dónde está Juanito?»—«En cama.» «¿Dónde está Juanito?»—«En Panticosa.» «¿Dónde está Juanito?»—«En Archena.» «¿Dónde está Juanito?—«Emparedado.» «¿Dónde está Juanito?» «¡En este momento deben estarle ahorcando!» ¡Já, já!... (Ríen Timoteo y Nemesio. Don Juan los mira colérico.)

JUAN. ¡No riáis muy fuerte, que vamos á tener descoyuntamiento general! ¡Yo he sido un hombre y vosotros

habéis sido unos pobres diablos! Tú, (A don Timoteo.) casaste á los cuarenta: te metiste en un rincón de este pueblo con tu mujer, ¡y aquí dió fin Timoteo! Tú, (Á don Nemesio.) huyendo como un cobarde de la borrasca mundanal, te refugiaste en Arganda, donde te bebes cada año la cosecha de vino del año anterior. (Dándose tono.) ¡Yo, en cambio!... ¡yo!... es verdad que también me casé á los cuarenta y dos; pero esto no es una prueba de debilidad. Si á don Juan Tenorio le hubiesen dado tiempo, se hubiera casado con doña Inés, y aún es fama que en el cielo celebraron bodas místicas. Pero yo, el otro Don Juan, me casé como un hombre y como un ciudadano libre; y no por eso abandoné el campo del honor. ¡Yo en mi casa, yo en la agena! ¡A las nueve en el convento, á las diez en esta calle!... ¡Bueno; pues tuve á mi Lorenzo!... ¿eh? ¡vaya un chico!... ¡eso es tener un hijo!

TIM. ¡Válgame Dios por el triunfo glorioso!... ¡Echate á la calle y no verás un prójimo que no sea hijo de alguien! Cada individuo tuvo un padre.

NEM. Por lo menos.

JUAN. Sí, pero yo era el libertino; el que apuró la copa del placer y la barrica de la bodega; el inválido de la orgía. «Ese está tísico,» decían. «Ese se muere cualquier madrugada,» pensábais vosotros. ¡Y de pronto resucité con Lázaro! ¡Lázaro es mi resurrección!... ¡Y qué robusto, y qué fuerte, y qué talento!... ¡un prodigio!... un Byrón, un Espronceda, un Edgar-Poe un genio. Eso no lo digo yo: lo tenéis escrito en todos los periódicos de Madrid.

TIM. Sí, el chico vale.

NEM. Vale.

JUAN. Pues con franqueza, el que hizo la vida que hice yo... y cuando dice: «á descansar un rato,» ¿tiene un hijo como Lázaro? ese... ¿no es un hombre?

TIM. ¡Bonita jubilación para un Tenorio!

JUAN. ¿Cuál?

TIM. La tuya. ¿Pues no resulta que eres el padre de un genio?

JUAN. ¿Y qué, carcamales? La fuerza es fuerza y se transforma: vosotros no sabéis esto. Todo el genio de Lázaro lo tenía yo sin duda agazapado en algún rincón de mi cerebro; pero como no le dí tiempo ni ocasión, no pudo dar muestras de sí. Hasta que se cansó de esperar y dijo un día; «ea, me voy con el chico, que con el padre no hago carrera.» (Riendo.)

TIM. No te hagas ilusiones, Juanito. El talento de Lázaro, porque en efecto parece que es un talentazo, no lo heredó de tí: lo heredaría de su madre. La herencia paterna habrá sido algún reuma, alguna neurosis.

NEM. Sedimentos del placer y resíduos de alcohol! (Bebiendo.)

JUAN. ¡Mentecatos!;.. Yo me eduqué mal y viví peor... pero en mí ¡había algo!

TIM. Todo un genio enchufado en un perdido.

JUAN. Puede ser.

NEM. ¿Y en qué lo conociste?

TIM. ¿Cuándo fué eso?

NEM. ¿Y en donde?

JUAN. Fué al despertar de una juerga.

TIM. Ahora que vas á remontarte á lo sublime, no digas juerga.

JUAN. Bueno, pues al despertar de una orgía.

NEM. Eso está bien: «á Jarifa en una orgía.» Espronceda. (Bebiendo.)

JUAN. Si señor; pues eso mismo. Sentí una vez lo que no habéis sentido vosotros jamás.

NEM. Cuenta, cuenta, que debe ser curioso. Otra copita, Timoteo.

TIM. Venga: ¡á la salud del genio malogrado! (Tosiendo.)

NEM. Del genio... mal... logrado... (Bebiendo. Don Juan ha quedado pensativo.)

TIM. Empieza.

JUAN. ¿Os acordáis de la temporada que pasamos en mi quinta de Sevilla... allá por el año... por el año?...

TIM. ¡Del año no me acuerdo... de la quinta muchísimo! á orillas del Guadalquivir: con un salón oriental: divanes: alfombras... ¡aquellas célebres alfombras!

NEM. Es verdad... es verdad .. siempre que andaba por ellas... Aniceta, la gitanilla... ¿os acordáis?... gritaba: «¡que me jundo, que me jundo!»

TIM. Es verdad... es verdad... y como era tan menuda .. claro, ¡se jundía!

NEM. ¡Hermosos tiempos!... ¡La quinta de don Juan!... Así la llamábamos.

TIM. A mí lo que me gustaba era aquel balcón corrido, ó galería, ó lo que fuese. ¡Qué vista! ¡el Guadalquivir! .. y daba á Oriente .. se veía salir el sol... ¡un encanto!... ¿Te has dormido? (A don Juan, que está pensativo.)

JUAN. ¿Yo?... yo no duermo nunca. Eso quisiera yo: dormir. Pues si me paso la noche, tira de este nervio, tira del otro... ¡*El dolorcillo* que está avecindado en el codo, que sale de paseo! *La tos* que se asoma, diciendo: «buenas noches, vecino.» La cabeza que grita: «voy á valsar un rato, apartarse.» Y el estómago que salta: «no por Dios, que me mareo.» ¡Sí, dormir! diez años hace que no duermo.

NEM. ¿Pero no cuentas la historia?

JUAN. ¿Cuál?

TIM. Hombre, la del chispazo de genio. Cuando comprendiste que tenías algo aquí dentro. (Tocándose la frente.) Algo sublime, ¿eh?

NEM. Ya lo creo: ¡sublimado corrosivo!... ¡Já!... já!... ¡Otra copita!

TIM. Venga. Conque quedamos en que tú conocíste, *cierta vez*, que eras un *genio larvado*... ¡como las *pulmonías larvadas*!...

JUAN. Lo conocí: no hay que reirse.

NEM. ¿En tu quinta del Guadalquivir?

JUAN. Allí mismo.

TIM. ¿En el salón oriental? ¿el de los divanes, balconaje á Oriente y alfombra de Persia?

JUAN. Cabal.

TIM. ¿En una noche de orgía?

JUAN. No: á la mañana siguiente... al despertar.

TIM. ¡Al despertar de la orgía!... «¡Trae, Jarifa, trae tu mano... ven y pósala en mi frente!»... (Cogiendo la mano de don Nemesio.)

NEM. (Retirando la mano) ¡Buena está tu frente!... ¡já... já...! no me hagas reir.

TIM. ¡Pues mira, que tu mano!... ¡sarmiento puro!...

JUAN. ¿No queréis oirme?

NEM. Ya lo creo. Cuenta.

TIM. Pero lo has de contar *en serio:* solemnemente, dramáticamente... El despertar de don Juan... tras una noche de orgía.

JUAN. Pues allá va. (Toman don Nemesio y don Timoteo posición cómoda para oirle.) ¡Gran noche! gran cena!... Eramos ocho y emparejados. Todo el mundo borracho... ¡hasta el Guadalquivir!... Aniceta se asomó á la galería y se puso á gritar: «¡río estúpido, desaborio, aguanoso, bebe una vez vino!» y le tiró una botella de Manzanilla.

TIM. ¡Era muy salada Aniceta! á mí también me tiró una vez una botella á la cabeza... pero vacía.

NEM. ¿La cabeza?

TIM. La botella. Sigue, sigue... pero en serio, ¿eh?

JUAN. Pues yo me quedé dormido en el suelo, sobre la alfombra, junto á un diván. Y en el diván había caído con uno de los accidantes de costumbre, la *tarifeña...* ¡Paca la tarifeña! Nadie lo notó... y en el diván se quedó dormida. Entre las convulsiones se le había destrenzado el pelo... ¡gran madeja!... y en ondas sedosas me caía encima... ¡gran madeja!

NEM. ¡Ni la de Timoteo! (Don Timoteo es muy calvo.)

JUAN. ¡Ni la de Timoteo! ¡Pero si me interrumpís pierdo la inspiración!

TIM. Sigue... sigue en serio, Juanito.

JUAN. Quedamos en que yo dormia sobre la alfombra y en

que el cabello destrenzado de la tarifeña me caía sobre la cabeza y sobre el rostro, envolviéndome espléndido como negro manto de perfumado encaje. ¿Lo queréis más en serio?

TIM. Así va bien.

NEM. Mantente á esa altura.

TIM. ¡A la altura de la alfombra!

NEM. Cada uno sube á la altura que merece. Adelante.

JUAN. ¡Llegó el amanecer!... ¡Era verano!...

TIM. ¡Y sin embargo, llovía!

JUAN. ¡No, hombre!... ¡Una mañana deliciosa: el balcón abierto: el Oriente con espléndidos cortinajes de neblinas y de nubecillas arreboladas: el cielo azul y puro una luz muy viva inflamando el lejano horizonte!...

TIM. ¡Así, así... á esa altura!

NEM. ¡Muy poético... muy poético!... ¡no decáigas!

JUAN. Lentamente salió el rojizo globo... abrí los ojos del todo... ¡y ví el sol! Lo ví por entre la revuelta cabellera de la tarifeña... me inundó con su luz... y tendí la mano instintivamente para cogerlo. Algo así, como una nueva clase de amor, como un nuevo deseo se agitó en mí. ¡Mucha claridad, mucho azul, esferas muy anchas, aspiraciones vagas, pero ardientes, por algo muy hermoso! Durante un minuto comprendí que hay algo más que el placer de los sentidos: ¡durante un minuto me sentí otro! Mandé un beso al sol y separé irritado el cabello de la chiquilla... una maraña se me pegó á los labios... me rozó en el paladar y me dió bascas... Tiré del mechón... despertó la tarifeña... y amaneció el vicio entre los restos de la orgía, como el sol entre los vapores de la noche, sus neblinas y sus celajes.

TIM. ¡Bien por Juanito! Conmovidos, profundamente conmovidos.

NEM. Hondamente conmovidos. (Bebiendo una copa.)

TIM. ¿Y á propósito de qué nos contabas todo eso, que no me acuerdo?

JUAN. Para demostraros que dentro de mí han existido nobles aspiraciones...

TIM. ¡Ah! ¡sí, anhelos sublimes!

NEM. ¡Ansias sobrehumanas!

JUAN. ¡Justamente! y que todo eso, que en mí no tuvo ocasión de presentarse ó que se agotó corriendo por otros cauces, en mi Lázaro será talento, inspiración, genio, alas que aletean, creaciones que brotan, aplauso, gloria, inmortalidad!... ¡Ya veréis!... ¡ya veréis!

TIM. Tu chifladura postrera.

JUAN. Mi última ilusión y la más pura... no, la única ilusión pura de mi existencia. Y tú debes alegrarte de que mi chico valga tanto, tunante! (Dándole una palmada á don Timoteo.)

TIM. ¿Yo?...

NEM. ¡Ya, ya... os comprendo! Otra copita á la salud de los novios.

JUAN. ¿Eh? ¿qué dices? (A don Timoteo.)

TIM. ¡Ah! sí: no es imposible. Mi pobre Carmen está muy encariñada; pero no sé si Lázaro...

JUAN. ¡Lázaro está loco por ella!... El es bastante reservado, pero está loco.

TIM. Pues mira, si el hijo ha de parecerse al papá, mucho sentiría que emparentásemos: francamente.

JUAN. Se agradece, venerable abuelo.

NEM. No, Lázaro es muy formal.

TIM. Es que mi chica es muy débil, muy delicada, ¡una sensitiva! Su pobre pecho se angustia por cualquier cosa, y si Lázaro había de dar á mi pobrecita Carmen la vida que tú has dado á tu mujer, renuncio al parentesco y al honor que me dispensas.

JUAN. ¡Poco á poco!... ¡Yo he sido un esposo irreprochable!

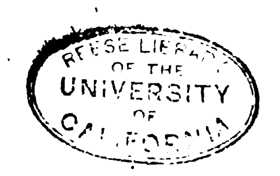
TIM. ¡Oh!...

NEM. ¡Ah!

JUAN. ¡Irreprochable! ¡mi esposa ha sido para mí *la primera*!

TIM. Pero tenías *la segunda* y la *tercera*...

2



NEM. Y la *cuarta* y la *quinta*...

JUAN. Esas son exigencias legítimas del sistema de numeración.

NEM. Paz entre los futuros consuegros. Que tanto vale el uno como el otro; y tan gallardo está el uno como él otro: y tan buen *pater familias* ha sido el otro como el uno.

JUAN. ¡Si valdrás lo que no valemos nosotros! ¡Si tú estás alcoholizado desde tu más tierna edad!

NEM. Entre la botella y la mujer, me quedo con la botella.

TIM. Pues yo con la mujer.

JUAN. No exageremos: entre la mujer y la botella... se queda uno así mismo... entre la botella y la mujer.

TIM. Ya no: ya nos quedamos en casa entre la mujer propia y la botella de tisana: dos tisanas.

NEM. Porque sois unos carcamales: yo todas las noches al teatro: á mi palquito: de diez á doce me consagro al arte. ¡Han venido unas bailarinas de Madrid!... ¡las cefirinas!... ¡cuatro céfiros!...

JUAN. (En voz alta, irguiéndose como un gallo viejo.) ¿Son guapas?

TIM. Que te va á oir tu mujer.

JUAN. (Bajando exageradamente la voz.) ¿Son guapas?

NEM. Cuatro flores, cuatro astros, cuatro diosas, los cuatro puntos cardinales de la belleza. ¡Qué ojos!... ¡Qué cinturas!... ¡Qué *nerviosidad*!... ¡Qué cuerpo almohadillado!

JUAN. ¿Almohadillado?

NEM. Al natural.

JUAN. ¿Al natural?... ¿Y tú vas ahora al teatro?

NEM. Allá voy á concluir la noche como Dios manda: admirando las maravillas de la creación. (Levantándose.)

TIM. Pues te acompaño y las admiraremos los dos. (Levantándose.)

JUAN. Pues yo no me quedo en casa. Allá voy con vosotros y las admiraremos los tres. (Levantándose con trabajo.)

NEM. ¿A estas horas, Juanito?

JUAN. A estas horas vais vosotros.

TIM. ¿Y qué dirá tu mujer?

JUAN. Mi mujer hace veinticinco años que no dice nada. Además, yo mando. ¡A mí no se me piden cuentas!... ¡Hola! ¡hola!... Vengo al momento. ¡Hola! ¡hola!

ESCENA II

DON TIMOTEO y DON NEMESIO

NEM. Me parece que el pobre Juan no tiene cuerda para mucho tiempo. ¿No ves cómo anda? ¿qué cosas dice? ¿qué enternecimientos seniles?

TIM. Pues no es muy viejo.

NEM. ¿Qué ha de serlo? Tendrá poco más de sesenta años. Sesenta años los tiene toda persona que se respeta. (Contoneándose algo.)

TIM. Cabalmente: los tienes tú, los tengo yo, los tiene cualquier persona formal.

NEM. ¡Pero él ha vivido!... ¡cómo ha vivido! Es lo que yo digo: se pueden hacer locuras: las hiciste tú, las hice yo...

TIM. Y las hace cualquier persona formal.

NEM. Pero hasta cierto punto.

TIM. Hasta cierto punto.

NEM. Si el pobre Juan era viejo á los cuarenta años. Y Lázaro... no es lo que dice su padre... no señor.

TIM. Pues talento... tiene mucho talento. Todos los periódicos de Madrid lo aseguran: ya ves tú. ¡Que es un prodigio, que será una gloria nacional!...

NEM. No lo niego. Pero ándate con cuidado antes de casarle con Carmencita.

TIM. ¿Por qué?... ¡Demonio! ¿Por qué?... ¿Es como el padre?...

NEM. No: como el padre, no. Alegre de cascos... eso sí. ¿Qué había de ser el hijo de don Juan?

TIM. Alegre de cascos lo es todo el mundo: lo eres tú, lo soy yo...

NEM. No es eso. Es que según mis noticias... (Bajando la voz.) no es tan robusto como el papá supone. Lázaro padece vértigos... ó accidentes nerviosos... qué sé yo: algo así. De tarde en tarde, ciertamente; pero aquella cabeza no está firme. Por eso hace cosas tan estupendas, y por eso dicen que es un genio. No te fíes de los genios, Timoteo. Un genio va por la calle y todos dicen «¡el genio! ¡el genio!» Da la vuelta á una esquina y los chiquillos de la otra calle corren tras él gritando: «¡al loco! ¡al loco!» ¡Timoteo, es peligrosísimo tener mucho talento!

TIM. ¡Dios nos libre! ¡Oh!... ¡En eso he tenido yo siempre mucho cuidado!

NEM. Y yo también. No ser rematadamente tonto; porque eso no está bien. Pero no ser un genio.

TIM. ¡Eso nunca!... Ya vuelve Juan.

NEM. No le digas nada de lo que te he contado. O no conocen las dolencias de Lázaro... ó las ocultan: es natural.

TIM. Ni palabra; pero bueno es saberlo.

ESCENA III

DON TIMOTEO, DON NEMESIO y DON JUAN; después TERESA

JUAN. (En traje de calle.) ¿Estamos?

TIM. Estamos.

JUAN. Pues en marcha. Oye: (A don Timoteo.) ¿volverás tú por Carmen, ó hay que llevarla?

TIM. ¿Carmen?

JUAN. Sí, Carmen. ¿Ya te olvidaste que está allá dentro con Dolores?

TIM. ¡Es verdad!

JUAN. ¡Qué cabeza!... ¡Já, já!... ¿Y dices que yo?... ¡Se olvida de su hija! ¡Ya era fácil que yo me olvidase de mi Lázaro! ¡Cómo estás!... ¡Cómo estás!... ¡Vaya un par de estafermos!... (Riendo.)

TIM. ¡Joven gallardo, condúcenos á la gloria y al placer!...

JUAN. Al cementerio voy á conduciros, si me molestáis mucho. Conque, ¿qué decides? ¿Vuelves á buscar á Carmen?

TIM. Volveré y con eso te traeré á casa.

JUAN. ¿Traer tú? Bueno estás para traer á nadie.

NEM. A los dos os traeré yo. Vamos, dame el brazo, Juanito, que si no, no bajas tú la escalera. (Don Juan lo coge del brazo.)

JUAN. Teresa... Teresita...

TER. (Por el fondo.) Señor...

JUAN. Díle á Dolores... á la señora... que me voy. Que espere Carmen hasta que vuelva su padre á buscarla. En marcha. Cógete tú, (A don Timoteo.) que no estás muy firme... cógete de mí.

TIM. En marcha.

NEM. En marcha.

JUAN. ¡Paso marcial!... Una... dos...

TIM. ¡Cada día está más guapa esta chica! (Mirando á Teresa.)

NEM. Y más fresca. (Lo mismo.)

JUAN. No mires, que te caes. (A don Nemesio.)

TER. ¿A dónde va usted, señor?

JUAN. A llevar á estos á la Sacramental. (Salen riendo y cogidos del brazo.)

ESCENA IV

TERESA, DOÑA DOLORES y CARMEN; las dos últimas por la derecha.

TER. (Mirando desde el fondo.) ¡Pues como entréis en ella, no os dejan salir! ¿A dónde irán esas momias?

CARMEN. ¡Ay!... No están... No está papá.

DOL. ¿Se fueron?

TER. Sí señora. Pero don Juan dejó dicho, que el papá de lo señorita Carmen volvería á buscarla. (Carmen tose.)

DOL. ¡Otro golpe de tos! No debes salir de noche: te lo ha prohibido el médico. No te cuidas: eres una locuela. Los niños enfermos en casita.

CARMEN. Cuando me quedo sola, me quedo muy triste. Prefiero toser á estar triste.

DOL. Eso no: yo iré á hacerte compañía. Y llevaré á Lázaro. Yo no quiero que sufra melancolías la niña enferma y la niña mimada. (Acariciándola: Carmen tose.) ¡Otra vez!

CARMEN. Esto no vale nada.

DOL. ¡Si es que aquí no se puede respirar! ¡Qué atmósfera!... ¡Qué humo!... ¡Qué olor á tabaco!

TER. Estuvieron toda la noche los tres *señores ancianos* bebiendo, y fumando y riendo... Ya vé usted cómo lo dejaron todo.

DOL. Sí, ya lo veo. (Mirando con disgusto la mesita, que está llena de ceniza y puntas de cigarro, y cubierta de botellas, copas y bandeja con pastas.) Quita eso... límpialo todo... abre el balcón... No me acostumbro... y en veinticinco años debía haberme acostumbrado... (¡Poesías de la existencia!) (Riendo con amargura.)

CARMEN. ¿Por qué se ríe usted, Dolores?

DOL. (Cambiando de tono y fingiendo alegría.) Porque me hacen gracia, mucha gracia, las travesuras de esos tres respetables ancianos.

CARMEN. ¡Papá no es todavía anciano!

DOL. ¡No lo es; pero como ha llevado una vida... (Conteniéndose.) tan trabajosa... sus asuntos... sus negocios... lo mismo que Juan!

CARMEN. ¡Ya, ya!... Los padres son todos así, matándose por sus hijos. ¡Y papá es más bueno!... ¡Me quiere!... ¡Dios mío! De noche se levanta no sé cuántas veces para escuchar á la puerta de mi cuarto á oir si toso. De manera que yo, que le siento, ahogo la tos con el pañuelo ó con la sábana... pero á veces no puedo... es que me ahogo. (Tose.)

DOL. (A Teresa, que entre tanto se ha llevado botellas, ceniceros,

bandejas, y que ha entrado y salido varias veces.) Abre el balcón: que entre aire fresco, aire puro... No, espera: (A Teresa.) tú no podrías sufrir la impresión, pobrecilla. (A Carmen.) Ven... (Cogiéndola de la mano.)

CARMEN. ¿A dónde?

DOL. Mientras se ventila la habitación, te quedas quietecita detrás de esta cortina... (Colocándola detrás del cortinaje de la derecha.) Quietecita, ¿eh?... En seguida entrarás.

CARMEN. ¿Me deja usted castigada? (Riendo.)

DOL. Castigada: tu papá es muy mimoso; yo muy severa.

CARMEN. Bueno; pero que no dure mucho el castigo.

DOL. Muy poco. Vete. . (A Teresa.) abriré yo. (Sale Teresa. Abriendo el balcón.) ¡Así... aire... el aire de la noche... la frescura... el espacio... lo que es puro... lo que es grande... lo que no repugna... lo que dilata los pulmones... lo que dilata el alma! ¡Tener un horizonte muy ancho para llenarlo de esperanzas y correr hacia ellas!... ¡Al menos la esperanza!... ¡la esperanza! ¡Oh! yo no puedo quejarme; ¿tengo á mi Lázaro? ¡pues lo tengo todo!

CARMEN. ¿Puedo salir? (Asomando de cuando en cuando la cabeza por el cortinaje.)

DOL. No: todavía no: espera: quietecita. (Paseándose del balcón á la chimenea) ¡Tener á mi hijo!... pero sin que nunca hubiese tenido padre... ¡sobre todo, ese padre! ¡Que mi Lázaro hubiera brotado expontáneamente de mi amor!... Así... ¡cómo brota la ola del mar ó la luz del sol!... ¡Para que fuese mío, sólo mío! En fin, no me quejo... aunque se parezca, ¡que no se parece! á su padre, Lázaro es mío, y mío sólamente. ¡Qué bueno!... ¡qué noble!... ¡qué inteligencia!... ¡qué corazón!... ¡Eso es tener un hijo!

CARMEN. ¿Puedo entrar?

DOL. ¡Ah!... sí... aguarda... pero antes cerraré el balcón. (Lo cierra.) Entra.

CARMEN. Ya es otra cosa. (Respirando á gusto.)

DOL. ¿Te sientes bien?

CARMEN. Muy bien.

DOL. ¿Qué miras?

CARMEN. El reloj, para ver qué hora tenemos. Va siendo tarde: Lázaro no viene. (Con tristeza.)

DOL. No es tarde, hija mía. Ven, siéntate junto á mí.

CARMEN. Sí; es tarde, es tarde.

DOL. Lázaro vendrá pronto. Sabía que ibas á venir esta noche y no faltará.

CARMEN. (Tristemente.) Pues haría muy mal en incomodarse por mí. Si no me ve hoy, me verá otro día.

DOL. Tontuela, ¿estás quejosa?

CARMEN. Eso no, ¡Dios mío! Él tiene sus ocupaciones, y no ha de sacrificarse por Carmen.

DOL. Carmen lo merece todo; y Carmen lo sabe: no seas hipocritilla.

CARMEN. No señora. Lo digo como lo creo, y esto es lo que me da mucha pena y me hace cavilar mucho. Usted me mima y me quiere, como si fuera mi propia madre, ya que no la tengo. Usted protege nuestro cariño... el de Lázaro y el mío... Estoy segura que le dice usted á Lázaro que soy de este modo y del otro... ¡en fin, un prodigio! Y á mí me jura usted que Lázaro está loco de amor por su Carmen... ¿Pero es verdad todo esto? ¿Puede serlo? ¿Merezco yo á Lázaro? ¿Sentirá, un hombre como él, la pasión que usted me pinta por una pobre criatura como yo?

DOL. Vamos, ¡que me enfado!... No se dicen esas cosas. ¿No te has mirado nunca al espejo?

CARMEN. Sí, muchas veces: todos los días.

DOL. Y el espejo, ¿qué te dice?

CARMEN. Que soy muy pálida, que soy muy flaca, que tengo los ojos muy tristes, y que más me parezco á una Dolorosa que á una chica de dieciocho años. Eso es lo que me dice, ¡y me da cada disgusto!

DOL. ¡Hay espejos muy malvados, y ese es uno de ellos! (Con tono cómico.) Se abarquillan para hacernos larguiruchas: se empañan para darnos palideces: se man-

chan para sembrar de pecas nuestro cutis, y cometen todo género de maldades. Tu espejo es un espejo criminal: yo te mandaré uno en que te veas como eres y verás un angel asomado á una ventanita de cristal.

Carmen. ¡Sí, ríase usted! Pero aunque yo fuese la mujer más hermosa del mundo, ¿podría merecer á Lázaro? (Con tristeza.) ¡Un hombre como él! ¡un porvenir como el suyo! ¡un talento que todos admiran!... Nada: ¡un sér superior!... Yo le quiero mucho; pero me da miedo y vergüenza... que él conozca... que yo... le quiero tanto. Me parece que va á decirme: «¿pero tú quién eres, tontuela? ¿qué te has figurado, que yo estoy para una chiquilla insustancial, ignorante y enfermiza?» (Con tristeza y humildad.)

Dol. Vamos, Carmen, si no quieres que me enoje, no digas esas tonterías. Una mujer buena vale más que todos los sabios de todas las Academias. Y si además de ser buena... es guapa... entonces... entonces se acabó, ¡no hay hombre que la merezca! Los hombres, exceptuando á Lázaro, son unos pobres diablos ó unos miserables. (Con tono rencoroso.)

Carmen. Pues papá es muy bueno y me quiere mucho.

Dol. ¡Ah!... sí... muy buena persona... Pero si tanto había de quererte, mejor hubiera hecho en darte pulmones más robustos.

Carmen. Pero el pobre, qué culpa tiene... Si Dios no quiso...

Dol. ¡Ah!... sí... es verdad. Don Timoteo no tiene la culpa. Dios dispuso que Carmen no tuviese más alientos que los de una palomita, y hay que resignarse.

Carmen. Pues eso es lo que yo digo. ¡Pero Lázaro no viene!... Verá usted cómo tengo que marcharme antes de que venga. Y si viene y se pone á trabajar, tampoco le veo esta noche.

Dol. No: hace días que no escribe. El exceso de trabajo le ha fatigado. ¡*El pensar siempre*... consume mucho!

Carmen. ¿Pero está enfermo? (Con mucha ansiedad.)

Dol. No, hija: cansancio y nada más.

CARMEN. Sí: ¡está enfermo! Ya notaba yo que estaba triste, preocupado... pero yo pensé... vaya, es que no me quiere, y no sabe cómo decírmelo.

DOL. ¡Qué cosas piensas! ni lo uno ni lo otro. ¡Enfermo mi Lázaro! ¡Crees tú que si lo estuviese no habría puesto yo en conmoción todo el proto-medicato de aquí, y de Madrid y del extranjero! De todas maneras, tienes razón, ¡es muy tarde! (Algo inquieta.)

CARMEN. ¿Se fué al teatro?

DOL. No: á comer con unos amigos.

CARMEN. ¿Iba Javier?

DOL. También iba.

CARMEN. Me alegro: Javier es muy juicioso.

DOL. Lázaro también lo es.

CARMEN. Ya lo creo; pero nunca está demás un buen amigo; y Javier tiene por Lázaro admiración, cariño y respeto.

DOL. (Paseando impaciente.) Pues va siendo tarde... muy tarde. (Carmen se dirige al balcón.) ¿Qué vas á hacer?

CARMEN. Pues asomarme á ver si viene Lázaro.

DOL. (Separándola del balcón.) No, hija: no te acuerdas de tu pobre pecho, ni de tu tos terquísima. Además, la noche es muy obscura y nada podrías ver. Quita, Carmen, quita... me asomaré yo.

CARMEN. Si yo no puedo ver... usted tampoco verá...

DOL. Probaré... (Comienza á abrir el balcón.)

CARMEN. Espere usted... me parece que viene... y con Javier...

DOL. (Escuchando.) Sí... es verdad.

CARMEN. ¿No entran aquí?

DOL. No: al cuarto de Lázaro se fueron directamente. Pero descuida, en cuanto sepa que estás... viene á verte.

CARMEN. A no ser que venga pensando en alguna gran escena para su drama; ó en algún capítulo de ese libro que está escribiendo y que dicen que ha de ser un asombro; ó en algún problema muy intrincado. Ay, Dios mío, por más que usted diga, un hombre como él no ha de preocuparse gran cosa por una chiquilla como yo.

DOL. ¡Otra vez!

CARMEN. Nada sé, nada valgo, nada soy. Yo... ¿para qué sirvo? dígame usted. ¡Para mirarle como una boba, mientras él piensa esas cosazas! ¡Para asomarme al balcón á ver si viene, aunque haga frío y tosa la pobre Carmen sin descanso! ¡Para llorar si no hace caso de mí ó si me dicen que está malo! ¡No hay duda que Carmencita sabe hacer maravillas! ¡Mirarle, esperarle, llorar por él!

DOL. ¿Y qué más puede hacer una mujer por un hombre? Mirarle siempre, esperarle siempre, llorar por él siempre.

CARMEN. ¿Y con eso basta?

DOL. Tanto peor para Lázaro si no le bastase. Pero aguarda... ya está aquí .. ¿no te decía?... en cuanto supo que estabas.

CARMEN. ¡Es verdad! (Con alegría.) ¡Qué bueno es!...

ESCENA V

DOÑA DOLORES, CARMEN y JAVIER

JAVIER. Felices noches, mi doña Dolores. Felices, Carmen.

DOL. Muy buenas.

CARMEN. Y muy felices... pero... Lázaro...

DOL. ¿No viene Lázaro?

CARMEN. ¿Está malo?

DOL. ¡Ah!... si está malo... allá voy...

JAVIER. (Deteniéndola.) ¡No por Dios!... ¡qué ha de estar malo!... Óiganme ustedes: comimos varios amigos con dos escritores de Madrid... ¡gente de pro!... Hablóse de artes, de ciencias, de política, de filosofía, de todo lo divino y de todo lo humano. Se bebió, se brindó, se pronunciaron discursos, se leyeron versos... ¿Comprenden ustedes?... Y estas cosas excitan extraordinariamente el sistema nervioso de Lázaro...

DOL. ¿Y le dió algo?... ¡Dios mío!

CARMEN. Vaya usted, Dolores... ¡vaya usted!

JAVIER. ¡Por Dios santo, déjenme ustedes concluir! Estas cosas, digo, sacuden sus nervios, y su imaginación se inflama, descubre de pronto horizontes luminosos, las ideas acuden en tropel... ¿se hacen ustedes cargo? Nada, que vino con la fiebre de la inspiración, quiso aprovecharla y por eso... por eso precisamente, se encerró en su cuarto y me echó á mí.

CARMEN ¿No se lo decia yo? (A doña Do ores.) Vendría... y á trabajar. (Tristemente.)

DOL. ¿No sabe que está Carmen?

JAVIER. Nos lo dijeron al entrar; pero él no atiende á nada ni á nadie, cuando la inspiración y la gloria... y el arte le gritan: «ven que te esperamos.»

DOL. Sin embargo... (Queriendo ir.)

CARMEN. No por Dios... (Deteniéndola.) hay que dejarle trabajar... ¡Si por mí perdiera alguna de esas grandes ideas que ahora le acaricia!... ¡qué pena y qué remordimiento!... Distraerle para que venga á hablar conmigo... no, eso no .. ¡No soy tan egoísta!... ¡No faltaba más!... De ningún modo... no lo consiento... (Abraza á doña Dolores y tose y casi llora.)

DOL. ¿Qué tienes? (Con solicitud.)

CARMEN. (Fingiendo alegría.) Nada... es que me dió risa y me dió tos. Me dió risa porque me acordé de un cuento... un cuento muy tonto... pero vamos... que me hizo reir y que viene al caso. Verán ustedes. Era una borriquilla muy mona, que se enamoró de un genio muy hermoso, que tenia una llamita muy roja en la frente y unas alas muy blancas... y el geniecillo, de pura lástima, le acarició las orejas á la borriquilla... y ella... ¡al fin lo que era!... ¡de alegría empezó á dar saltos y derribó al genio, le tronchó las alas... y no pudo volar más! Se acabó lo azul del espacio para el genio: ya no le quedó más que un prado muy verde y una borriquilla muy buena... pero borriquilla al fin. ¡No,

madre mia, no quiero yo ser *la del cuento!* Dejemos volar al genio.

DOL. ¡Ve usted qué criatura! (A Javier.)

JAVIER. ¡Una modestia criminal!

DOL. Pero en fin, si te empeñas, le dejaremos que trabaje.

CARMEN. ¿Le parece á usted que le dejásemos libre esta sala?... aquí tiene sus libros predilectos... y tiene más espacio... y puede pasearse... él me ha dicho muchas veces que compone versos paseándose...

DOL. ¡Buena idea!... ¡Vámonos á mi gabinete! Dígale usted que le dejamos el campo libre. (A Javier.) Y que puede venir sin miedo.

JAVIER. (Riendo.) ¡Noble sacrificio!

DOL. Pero hay que avivar la chimenea; como antes abrimos el balcón, la sala ha quedado muy fría. (Avivando la chimenea.)

CARMEN. Es verdad. Pero que no reciba de lleno el calor. Hay que poner delante la pantalla... así. (La pone.)

DOL. Así está bien.

CARMEN. (Pasando al balcón y levantando la cortina.) Mire usted... ¡mire usted!... el cielo se ha despejado un poco y ha salido la luna de entre nubes... ¡Muy hermoso! ¡Muy hermoso!... ¡Hay que correr la cortina para que Lázaro vea todo eso y se inspire aún más! Yo sé que le gusta trabajar mirando al cielo de cuando en cuando.

DOL. Tienes razón: en todo piensas. (Corre á ayudar á Carmen.)

JAVIER. Pues si con tantas precauciones y tanto mimo no acude la inspiración, descontentadiza es la inspiración de Lázaro.

CARMEN. ¿Está ya todo?

DOL. Creo que sí. Espera... tú retrato escondidito en la sombra: lo pondremos de modo que lo ilumine la lámpara para que también le inspire.

CARMEN. ¿Inspirarle yo?... Sí... sí... ¡quite usted!... (Queriendo retirarlo.)

DOL. No lo consiento. Déjalo donde lo puse y vámonos.

CARMEN. Si usted se empeña... Bueno, pues que lo vea. Pero hay poca luz. (Dando más luz á la lámpara.)

DOL. Llámele usted... que venga. (A Javier.)

CARMEN. Sí, que venga y que escriba cosas muy hermosas. Ya entraré yo un momento... á despedirme.

DOL. Hasta luégo: ven, Carmen.

CARMEN. Y usted también le deja solo: no ha de tener usted más privilegios que nosotras.

DOL. ¿Viene usted á hacernos compañía?

JAVIER. En seguida.

CARMEN. ¿Queda todo arreglado? (Mirando al rededor.)

DOL. Me parece que sí. ¡Adiós!

CARMEN. ¡Adiós! (Salen las dos medio abrazadas por la izquierda.)

JAVIER. El campo libre. ¡Pobres mujeres! ¡cómo le quieren! ¡es adoración! (Asomándose á la derecha.) ¡Lázaro... perillán... ya puedes venir! .. Ven si puedes.

ESCENA VI

JAVIER; LAZARO, pálido, algo descompuesto y con paso vacilante: en fin, como el actor juzgue oportuno.

LAZARO. (Asomándose.) ¿No están?

JAVIER. No: afortunadamente se les ocurrió que trabajarías mejor estando solo.

LAZARO. Pues por más que tú digas, yo creo que estoy *presentable*... ¿eh? La cabeza no la siento mal: una vaguedad deliciosa: me parece que me rodea una niebla... pero muy suave: y por entre sus encajes brillan algunas estrellitas. En fin, sensaciones plácidas, muy plácidas.

JAVIER. ¿Es decir, que estás mejor?

LAZARO. ¿No te digo que sí? Las piernas son las que flojean, pero sin dolor ninguno. Piso en blando. (Riendo.) La cabeza entre nubes y el suelo de algodón. ¡Divino! Así debiera estar el universo: *acolchonado*. ¡Señor,

qué mundo han hecho tan tosco, tan duro, tan incómodo! Por todas partes tropieza uno y se lastima: rocas, pedruscos, puntas, picos, ángulos, y esquinas y esquinazos. El mundo debía ser redondo: eso sí, redondo como es: lo redondo es lo perfecto: pero un inmenso edredón esférico. Que se cae un ciudadano, pues siempre cae en blando... ¡así! (Dejándose caer en la chaise-longe ó en la butaca al lado de la mesa.)

JAVIER. Todavía no estás tú firme.

LAZARO. ¿Que no estoy firme?... ¡Más que tú!... ¡Más que tú!... ¡Más!

JAVIER. Te dije que no bebieses: que te hace daño: que tu salud está quebrantada.

LAZARO. ¿Que yo estoy quebrantado?... ¿Yo?... ¿Por qué?... No he sido un santo, pero no he sido un loco. Soy joven: he creído siempre que era fuerte: y por beber dos ó tres copas, fumar un puro y reir un rato, ¡convertirme en un sér estúpido!... Porque ahora, no es que esté quebrantado como dices, ni que esté ébrio como supones... es que me siento sencillamente estúpido. No, pues mira, no es tan desagradable ser estúpido: ¡siente uno... algo así como alegría!,.. ¡Por eso hay tanta gente alegre! (Riendo.) ¡Por eso... por eso!... ¡Ahora cáigo en ello!... ¡por eso, justamente!

JAVIER. Atiéndeme y comprende lo que te digo, si te hallas en estado de comprenderme.

LAZARO. ¿Que si puedo comprenderte? Yo, ¡ahora lo comprendo todo! El mundo es para mí transparente: tu cabeza es de cristal de roca (Riendo.) y escrito con letras muy negras y muy retorcidas leo, tu pensamiento. ¡Supones que estoy muy malo! ¡Pobre Javier! (Riendo.)

JAVIER. No digas semejantes desatinos: ni yo creo cosa semejante, ni tú estás enfermo de veras. Fatiga, cansancio... nada más. Has vivido muy aprisa en Madrid estos últimos años: has pensado mucho, has trabajado mucho, has gozado mucho y necesitas unos meses de

descanso... aquí... en la casa paterna, con tu madre, con Carmen...

LAZARO. Carmen... sí... mírala... (Señalando á la fotografía.) Allí está... ¡qué imagen tan triste, tan poética, tan adorable! ¡Quiero vivir para ella! ¡Con toda la gloria que conquiste haré un cerco de luz para esa cabecita tan mona! (Manda un beso al retrato.) ¡Viviremos juntitos los dos, Carmencita, y seremos muy felices! (Como hablando con ella.) ¡Porque yo quiero vivir! (Animándose y volviéndose á Javier.) ¡Si nunca hubiese vivido, no se me ocurriría seguir viviendo; pero empecé y no quiero acabar tan pronto! ¡Eso no!... ¡no!... ¡no ha de ser!... ¡Vive Dios!

JAVIER. ¡Vamos, Lázaro!

LAZARO. ¡Yo soy fuerte! ¿Por qué no he de serlo? ¿Con qué derecho había de hacer de mí la naturaleza un sér débil cuando yo quiero ser fuerte? ¡Mi pensamiento arde! ¡mi corazón salta! ¡mis venas se hinchan con plétora de vida! ¡mis deseos abrasan! ¡Meter vapor á mil atmósferas en una caldera vieja y oxidada! ¡Oh, burla infame!

JAVIER. ¡Ea! ¡ya te lanzaste! ¡qué vapor ni qué caldera!... ¡la copita de *champagne*!

LAZARO. ¡Es que á un hombre como yo no se le atormenta impunemente! ¡Ahí tienes el mundo: es tuyo: corre alegre por sus valles, sube triunfal á sus cumbres!... ¡Pero ni correrás ni subirás, que puse reuma en tus huesos! ¡Ahí tienes el espacio azul: es tuyo: vuela por sus alturas, devora sus horizontes!... Pero no volarás, ¡que arranqué todo el plumaje de tus alas y eres carcomido caparazón!... ¡Oh, escarnio!... ¡Oh, burla!... ¡Oh, crueldad!... ¡Maldito vino! ¡qué cosas tan extravagantes veo, Javier! Enmascarados colosales cruzan el espacio; y colgando de hilos muy largos, pendientes de cañas muy largas, llevan soles, luceros y estrellas, y van gritando: ¡al higuí, al higuí! y yo quiero alcanzarlo todo y no puedo alcanzar ni

una estrellita con mis labios!... ¡grotesco, muy grotesco! ¡cruel, muy cruel! ¡doloroso, muy doloroso!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! (Oculta el rostro entre las manos.)

JAVIER. ¡Vamos, Lázaro, vamos!... ¿Lo ves? ¡no puedes cometer ni el menor exceso!

LAZARO. He dicho muchas tonterías, ¿verdad? No importa: nadie me oye más que tú... y esto me desahoga. Mira, ya estoy más tranquilo. Siento cansancio... y hasta creo que tengo sueño.

JAVIER. Eso sería lo mejor; duerme, duerme y que no te vean así ni tu madre ni Carmen.

LAZARO. Mi madre, no importa. (Sonriendo.) Pero Carmen... no, que no me vea Carmen en ridículo. ¡La pobre que imagina que soy un sér superior!... ¡Pobrecilla, qué chasco! (Lázaro se tiende en el sofá.)

JAVIER. Bueno; pues no hables: yo tampoco te hablaré; y procura dormir: con media hora de sueño pasó todo.

LAZARO También el sueño es ridículo á veces. . si estoy muy ridículo, que no entre Carmen... ó me despiertas.

JAVIER. No: si no estás bello como un Endimión... no entrará. (Pausa. Javier se pasea. Lázaro empieza á dormirse.)

LAZARO. Javier... Javier...

JAVIER. ¿Qué?

LAZARO. Ya estoy... casi dormido... ¿qué tal estoy?

JAVIER. Muy poético.

LAZARO. Bueno... gracias... ¡muy poético! (Pausa.)

JAVIER. No, Lázaro no está bueno. Hablaré con su padre... no, con don Juan, no. Con su madre, que es la única persona de juicio en esta casa.

LAZARO. Javier...

JAVIER. ¿Qué quieres?

LAZARO. Pon más de frente el retrato de Carmen.

JAVIER. ¿Así?

LAZARO. Así... para ella... la luz... para Lázaro... la sombra.

JAVIER. (Paseándose lentamente.) Sí: hablaré con su madre... Y no me acordaba, ¡feliz coincidencia! el célebre doctor Bermúdez, especialidad en todo lo relativo al sistema

nervioso, ha llegado hace unos días... Pues á él; que consulten con él.

LÁZARO. ¡Javier! (Ya casi dormido.)

JAVIER. ¿Pero no duermes?

LÁZARO. Sí... más en luz... más en luz... (Con acento algo doloroso.)

JAVIER. Vamos... (Acercando el retrato á la lámpara.) Y silencio...

LÁZARO. Sí... Carmen...

JAVIER. (Contemplándole un rato.) Gracias á Dios... dormido.

ESCENA VII

LÁZARO y JAVIER; sin pasar de la puerta del fondo, DOÑA DOLORES, CARMEN, DON JUAN y DON TIMOTEO

CARMEN. ¿Se puede?

JAVIER. ¡Silencio!...

CARMEN. Era para despedirnos.

JAVIER. Es que duerme. Trabajó un rato; pero estaba fatigado.

CARMEN. Entonces no le molestemos. Adiós, Javier. Le da la luz... hay que bajar la pantalla. Adiós... (Besando á doña Dolores.) Adiós, don Juan.

TIM. Hasta mañana... (A doña Dolores.) Hasta mañana... (A don Juan.)

JUAN. De mañana no pasa. ¡Te haré una visita solemne!.. Y prepárate tú, picaruela...

CARMEN. ¿Yo?...

JUAN. Silencio... que duerme.

TIM. Bueno... bueno... ea, es tarde... adiós.

DOL. Adiós, hija mía. (Todos han hablado en voz baja. Salen Carmen y don Timoteo.)

ESCENA VIII

LÁZARO, DOÑA DOLORES, DON JUAN y JAVIER

DOL. (Acercándose á Javier.) ¿Trabajó mucho?

JAVIER. Poco tiempo; pero con gran ahínco, ¡un gran esfuerzo intelectual!

JUAN. (Acercándose también y contemplando á Lázaro.) Señor, ¡lo que va á ser este chico!... ¡Si la cara lo dice!... ¡La aureola del talento!

DOL. ¡Está muy pálido!... ¡muy pálido!

JUAN. ¿Cómo quieres tú que esté?... ¿Gordo como un tudesco y encarnado como una remolacha?... ¡Entonces no sería un genio!

DOL. Sin embargo... ¡tanta palidéz!... (Están inclinados sobre él don Juan y doña Dolores, contemplándole con afán.)

JUAN. ¡Decididamente soy el padre de un genio! Y luégo, que me vengan á mi con... (A Javier.)

JAVIER. ¿Con qué?

JUAN. Con nada. (Aparte.) (Con sermones morales, y con la ley de herencia, y con todas esas zarandajas... ¡El padre, un calavera, y el hijo, un sabio!

DOL. ¿Pero no se puso malo? ¿No fué más que cansancio?

JAVIER. Nada más. Pueden ustedes retirarse: yo me quedaré hasta que despierte.

JUAN. Yo no me retiro, ¡no faltaba más! Aquí me siento... (Sentándose al otro lado de la mesa.) y desde aquí velaré el sueño de Lázaro. Ustedes en pié, ¡honor al genio! Quítense; quítense ustedes de delante, que no me dejan ustedes ver á mi hijo.

DOL. Pues el sueño no es muy tranquilo.

JUAN. ¡Qué ha de ser tranquilo, mujer!... ¡Pues apenas si estará soñando cosazas!

DOL. ¡Mi Lázaro!

JAVIER. (¡Pobre Lázaro!) (Aparte.)

JUAN. Don Juan Tenorio... velando el sueño... ¡Del hijo de don Juan!... (Riendo con risa contenida.) Silencio... silencio... á ver si oímos algo... ¡al hijo de don Juan! (Con orgullo y ternura.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día. Sobre la mesita, flores.

ESCENA PRIMERA

LÁZARO y DON JUAN

Don Juan, sentado junto á la mesita de té. Lázaro, unas veces pasea: otras se sienta: intenta escribir, tira la pluma. Abre un libro y lee algunos instantes, lo cierra con enojo y vuelve á pasear. Se ve que está inquieto y nervioso. Todo esto en el curso de la escena; don Juan le sigue con la vista y fuma un puro.

JUAN. ¿En qué piensas?... ¡Ah! perdona: no quiero distraerte.

LAZARO. No me distrae usted, padre. No pensaba en nada importante. La imaginación vagaba y yo vagaba tras ella.

JUAN. Si quieres trabajar... escribir... leer... y te molesto, me voy. Ea, me voy (Levantándose.) ¿Quieres que me vaya?. . Pues ya estoy andando.

LAZARO. No, padre, ¡por Dios!... ¡Molestarme usted!

JUAN. (Volviendo á sentarse.) Es, que ya ves tú: *lo que yo hago*, en cualquier parte lo puedo hacer. En substancia *nada*. Pues para no hacer *nada*, ¡cualquier punto del

espacio es bueno! (Riendo.) ¡Del espacio! Ya se me van pegando tus arranques filosóficos. ¡El padre en el espacio! ¡y el hijo en el quinto cielo! Por eso digo... si estorbo...

LAZARO. No, padre. No se marche usted y hablemos de lo que usted quiera.

JUAN. ¡Buen provecho sacarías de hablar conmigo! A tus librotes, á tus papeles, á esas cosas que espantan por lo grandes y admiran por lo hermosas. Sigue... sigue... Yo te veré trabajar. Yo también me ocuparé en algo. (Toca el timbre.)

LAZARO. Como usted quiera. (Se sienta y escribe con intermitencias. Entra Teresa.)

JUAN. Teresita... (Mirando á su hijo y corrigiéndose.) Teresa, tráeme una copa de Jeréz y unos bizcochos: yo también tengo que ocuparme en algo. Y tráeme los periódicos franceses: no, nada más que el *Fígaro* y el *Gil Blas*. Conque á trabajar los dos. (A su hijo.) Oye... (A Teresa: ésta se detiene.) de paso me traes aquella novela que hay en mi alcoba. Tú sabes leer, ¿verdad?

TER. Sí señor.

JUAN. Bueno, pues un libro que dice, *Naná*: ¿entiendes?

TER. Sí señor. Ná... ná... que no es *ná*.

JUAN. Es algo, chiquilla. (Aparte.) (Algo que tú serás con el tiempo.) (Teresa sale.)

LAZARO. (Se levanta y se pasea.) (¡No tengo ideas!... ¡hoy no tengo ideas!... ¡Sí, tengo muchas; pero vienen como bandada de pájaros, revolotean... y se van!)

JUAN. Pues mira... ¡no puedo con las novelas inmorales!

LAZARO. ¿Decía usted?

JUAN. Nada: pensé que decías algo. Yo decía que no puedo con las novelas inmorales. (Dándose aires de severidad.) Las leo, y leo *Naná*, por curiosidad, ¡por estudio! pero no puedo sufrirlas. La literatura está perdida, hijo mío: está perdida. Me prestó Nemesio ese libro... y estoy deseando concluirlo.

LAZARO. Zola es un gran escritor. (Esto es, esto es lo que yo iba buscando.) (Se sienta y escribe. Entra Teresa, con una bandeja, una botella de Jeréz, una copa y los bizcochos; *Nanà* y los dos periódicos.)

TER. Aquí está todo. El Jeréz; los periódicos recién llegados, los bizcochos tiernecitos y la *nena* tiernecita también. (Se queda en pié mirando á los dos.)

JUAN. Acerca el Jeréz, Teresa. Trabaja, hijo, trabaja. No hagas caso de mí. Trabaja, que así se hacen los hombres de provecho. Yo también en mi juventud he trabajado mucho. Por eso estoy tan aviejado. (Mirando á Teresa que se ríe.) (¿De qué se rie esta estúpida?) Ya puedes irte: no te necesito. *El Gil Blas...* (Lo desdobla y empieza á leerlo) Vamos á leer estos periodiquillos... (Afectando desprecio.) He dicho que te marches. (A Teresa.) Vamos á ver... vamos á ver... (Lee.)

TER. Sí señor. (Se queda un rato mirando á los dos y se dirige á la puerta del fondo.)

LAZARO. (Levantándose.) Teresa...

TER. Señorito...

LAZARO. Venga usted y hable más bajo: no incomodemos al señor que está leyendo. ¿Llevó usted la carta que le dí esta mañana?

TER. Sí, señorito. La llevé yo misma. ¡Cosa que el señorito me encarga!...

LAZARO. Bueno. Era para el señor Bermúdez, ¿eh?

TER. Sí, señorito. Ese médico de tantas campanillas, que ha venido de Madrid por unos días á curar á don Luciano Barranco, que dicen... si está loco... si no está loco... (Riendo.)

LAZARO. (Haciendo un movimiento: luégo conteniéndose.) ¡Ah!... Sí... Justo: ese mismo. ¿Y le encontró usted?... ¿Entregó usted la carta?... ¿Dió él contestación?... ¿Dónde está?... Vamos, pronto.

TER. Ay, señorito...

LAZARO. ¡Vamos!...

TER. Dí la carta: no estaba... dijeron...

LAZARO. Más bajo. (Mirando á su padre, que se ríe leyendo el periódico.)

TER. Dijeron que en cuanto volviese le entregarían la carta. No tenga cuidado el señorito... ¡poco que encargué yo!... Pues si no me faltó más que...

LAZARO. Bien está, gracias. (Despidiéndola.) ¡Ah!... Si traen la contestación... ¿eh? ¡al momento aquí!

TER. Al momento: ya lo creo: no tenga cuidado el señorito.

LÁZARO. Basta: no molestemos á mi padre. (Sale Teresa.)

JUAN. ¡Já, já, já!... ¡Gracioso, muy gracioso!... ¡Salado, muy salado!... ¡Picante como un pimiento de la Rioja!... ¡Es el único periódico que puede leerse!...

LAZARO. ¿Algún artículo interesante? ¿Qué es?... ¿Qué dice?... ¡A ver!... (Acercándose y extendiendo la mano.)

JUAN. (Retirando el periódico.) Un articulillo muy desvergonzado y sin gracia. Hay que guardarlo. (Se lo mete en un bolsillo de la bata, pero de modo que se vea.) No haga el diablo que venga Carmen y encuentre el periódico y se ponga inocentemente á leerlo.

LAZARO. (Separándose.) Es verdad: hace usted bien. (Se pasea nervioso.)

JUAN. (Pues no había acabado de leerlo: lo leeré luégo. Vamos con esta.) (Coge *Naná*.) (También esto es bueno. La primavera con todos sus verdores.) Trabaja, hijo, trabaja.

LAZARO. (Hablaré con el Doctor hoy mismo, para que me tranquilice. Yo sé que no tengo nada: pero quiero que un especialista me lo asegure. Y ya tranquilo... á mi drama, á mi estudio crítico-histórico, á mis teorías estéticas que son nuevas, completamente nuevas... y á mi Carmen. Y con la musa á un lado, contándome maravillas al oído y Carmen al otro lado, apretada contra mi corazón... ¡á gozar de la vida, á saborear triunfos, á vivir de amores, á saciar ansias en eternos misterios!)

JUAN. (¡Estupendo! ¡monumental! ¡Para morirse de risa!

Señor, ¿para qué lee uno? Para divertirse; pues libros que diviertan.) (Riendo.)

LAZARO. ¿Es gracioso ese libro?

JUAN. (Cambiando de tono.) Ps... sí... algo... Pero estas cosas ligeras al cabo cansan... (Ve venir hacia él á Lázaro, y se guarda *Naná* en el otro bolsillo del batín.) ¿Tienes algo de substancia que leer? Pero de substancia.

LAZARO. Tengo muchos librotes. ¿De qué clase lo desea usted?

JUAN. Algo serio: que enseñe, que haga pensar.

LAZARO. (Acercándose al estante.) ¿Quiere usted algo de Kant?

JUAN. ¿De Kant?... ¿Dices de Kant?... Justamente: fué mi autor favorito. Cuando era joven, todas las noches me dormía leyendo á Kant. (Aparte.) (¿Qué será eso? ¡Suena á perro!)

LAZARO. (Buscando un pasaje.) Si usted quiere, yo le diré...

JUAN. No, hijo: por cualquier parte. (Cogiendo el libro.) Si esto puede leerse por cualquier parte. Tú verás. Y no te ocupes de mí: escribe, hijo, escribe. (Lázaro se sienta y trata de escribir. Don Juan lee.) «Bajo el aspecto de relación, tercer momento del gusto, lo bello nos aparece como la forma final de un objeto, sin representación de fin.» ¡Demonio!... (Alejando el libro, como hacen los présbitas y contemplándolo con terror.) ¡Demonio! «ó como una finalidad sin fin.» ¡Cualquiera entiende esto! «Porque se llama forma final á la causalidad de cualquier concepto con relación al objeto.» A ver... á ver... (Alejando aún más el libro.) «forma final á la causalidad...» Yo creo que estoy sudando. (Se limpia la frente.) «La conciencia de esta finalidad sin fin, es el juego de las fuerzas cognoscitivas.» ¿Cómo dice? «El juego de las fuerzas... el juego...» Pues esto del juego debía entenderlo yo. «La conciencia de esta causalidad interna, es lo que constituye el placer estético...» Si sigo me da una congestión. ¡Jesús, María y José!... Y pensar que Lázaro entiende lo de la finalidad sin fin, lo de la causalidad y lo del juego de las fuerzas cognoscitivas .. Válgame Dios, ¡qué chico!...

(Sigue leyendo.) «El principio de la conveniencia formal de la naturaleza, es el principio trascendental de la fuerza del juicio.» (Dando un puñetazo en la mesa.) ¡El mio voy á perder yo si sigo leyendo!... ¡Pero si ese chico lee estas cosas se va á volver loco!

LAZARO. ¿Le interesa á usted?

JUAN. ¡Muchísimo!... ¡Qué profundidad!... (Cinco minutos hace que estoy cayendo y no he llegado al fondo...) ¡Ya lo creo que me interesa! Pero, francamente, prefiero...

LAZARO. ¿A Hegel?

JUAN. Justo. . (¡A *Naná*!) Pero tú, hijo mío, no lees, ni escribes: estás caviloso, ¿qué tienes? ¿Te fatigó la cacería? Pues el ejercicio de la caza es muy sano para el que, como tú, se consume sobre los libros. ¿Estás malo?

LAZARO. No señor, no estoy malo. Y lo pasé muy bien estos tres días en el campo. Pero amaneció el de hoy triste y lluvioso, y dije... á casa.

JUAN. Y llegaste cuando yo me levantaba: te dí la gran noticia: al pronto mucha alegría; pero luégo caíste en preocupaciones sublimes. Pobre Carmen, ¡no la quieres como ella á tí! (Acercándose á él y en secreto.)

LAZARO. ¡Con toda mi alma! ¡Más de lo que usted imagina! Yo soy como soy: reservado, uraño, arisco... pero sé querer.

JUAN. ¡Mejor que mejor!... La pobrecilla... vamos, la pobrecilla...

LAZARO. ¿Y por qué don Timoteo no contestó en el acto que aceptaba? Cuando usted le pidió á su hija para mí, ¿por qué vaciló?

JUAN. ¡Qué ha de vacilar! Hacerle yo la honra de pedir para mi Lázaro la mano de Carmen ¡y vacilar! Le estrangulaba yo á ese mamarracho. ¡Casarse con un hombre como tú! ¡que más quisieran todas las hijas y todos los papás para sus hijas respectivas!

LAZARO. ¿Pues por qué aplazó hasta hoy la contestación?

JUAN. Fórmulas de la etiqueta: conveniencias sociales:

siempre fué muy etiquetero. ¡Que consultaría con Carmen! ¡Figúrate tú, consultar con Carmen! ¡Si la pobrecilla está como alma en pena y tú eres su cielo!... ¡ya, ya! (Riendo.)

LAZARO. Tiene usted razón.

JUAN. Nada: tu mujercita, tu casa, trabajar mucho, alcanzar mucha gloria, tener mucho juicio y que todo el mundo diga: ¡Don Lázaro Mejía, hijo de don Juan Mejía!... ¡Oh!

LAZARO. Sí señor: haré lo que pueda... y querré mucho á mi Carmen.

JUAN. Eso... eso... pero tú tienes algo. Estás como distraído.

LAZARO. Estoy pensando... en mi drama.

JUAN. Entonces me voy: decididamente me voy. Con mi charla insulsa no te dejo pensar. ¡Oh, el pensamiento!... las... las.. (Mirando al libro.) las fuerzas cognoscitivas... La... la... (Mirando otra vez.) la finalidad... eso... la finalidad... Ea, hasta luégo.

LAZARO. Pero no se marche usted por mí.

JUAN. ¡A los sabios se les respeta! (Riendo.) Me voy á leer á mis solas el librote que me has prestado. (Cogiendo una flor y poniéndosela en el ojal de la bata.) Figúrate tú si entre Kant y *Naná* vacilaré yo. (Toca el timbre.)

LAZARO. Como usted quiera.

JUAN. Adiós, hijo. Al drama... al drama... y no pongas nada inmoral. (Entra Teresa.)

TER. Señor...

JUAN. Oye, Teresa: llévate á mi cuarto todo eso. Espera. (Se echa una copa. Tocándose un bolsillo.) Aquí el *Gil Blas*, (Tocándose el otro.) aquí *Naná*: trincado por el pescuezo á Kant... y á mi cuarto. Trabaja, hijo, trabaja. ¡Haz algo grande! ¡Deja algo en el mundo! Yo te dejaré á tí... ¡me parece!... (Bebiendo la copa.) Pues esta finalidad... tiene fin. A trabajar... á trabajar... Hasta luégo. ¡Señor, qué Lazaro este! A mi cuarto todo eso, Teresita. (Sale llevando en un bolsillo el *Gil Blas*, en otro *Naná*, en el ojal la flor y muy agarrado el libro de Kant.)

ESCENA II

LÁZARO; TERESA, preparándose á llevar el vino y los bizcochos.

LAZARO. Teresa... ¿no han traído ninguna carta para mí?

TER. No señor.

LAZARO. Paciencia: á mi madre no le diga usted que he escrito á ese señor de Bermúdez.

TER. No señor.

LAZARO. ¿Se levantó mi madre?

TER. ¡Anda, anda!... Antes de que usted volviese esta mañana de la cacería, ya se había ido doña Doleres á buscar á la señorita Carmen para ir á misa las dos juntas.

LAZARO. Bueno.

TER. Y no sé cómo se levantó tan temprano ni cómo tuvo ánimo para salir.

LAZARO. ¿Por qué?

TER. Porque anoche estuvo muy mala; ¡pero muy mala!

LAZARO. ¡Mi madre! (Levantándose.)

TER. Sí señor. Digo yo que serían los nervios. ¡Qué llorar; qué retorcerse los brazos! Vamos, como que yo quise mandarle á usted un propio para que volviese usted en seguida.

LAZARO. ¡Ay, Dios mío! ¡mi pobre madre! ¿y por qué no me avisaron? ¡montaba á caballo y en una hora... aquí!

TER. Porque la señora no quiso. «Silencio, ni una palabra á nadie.» Así: como ella manda, cuando manda.

LAZARO. ¿Pero cómo es posible? Mi padre nada me ha dicho.

TER. No se enteró: se fué al teatro: después al Casino con don Timoteo y don Nemesio; volvió tarde y como la señora había mandado... «¡que á nadie!»... nada se le dijo y nada supo.

LAZARO. ¿Pero cómo fué? ¿Por qué fue?... ¡Ella que nunca está enferma!...

TER. No lo sé: si no lo sé. La señora comió temprano y

sola. Después salió. Volvió á las diez... apenas pudo entrar en su cuarto... y se desplomó en seguida... á-sí como una torre que se cae...

LAZARO. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Y usted sin avisarme!

TER. Pues ahora le aviso. Y eso que ella dijo: «ni palabra.» Pero á usted... yo por usted... vamos, tratándose del señorito... (Lázaro no la atiende.) Pero no se apure: esta mañana ya estaba tan fuerte y tan buena: eso sí, muy pálida y ¡con unas ojeras! ¡pero tan fuerte! Las mujeres somos así: ahora nos morimos y *á luégo* resucitamos: nos volvemos á morir y *á luégo* á resucitar.

LAZARO ¿Es decir, que ya está buena?... ¿pero buena por completo?

TER. ¿Pues no le digo que está como si tal cosa? Tranquilícese el señorito. (Lázaro se ha paseado con mucha agitación.)

LAZARO. Bueno, bueno... si ya pasó... en fin, cuando vuelva mi madre, me avisa usted.

TER. ¿No manda otra cosa?

LAZARO. Nada. (Suena un timbre varias veces.) Mi padre está llamando: vaya usted, vaya usted pronto: ¡la vibración del timbre me pone nervioso!...

TER. Es para que le lleve esto. (Recoge las bandejas.)

LAZARO. (Sigue sonando el timbre.) ¡Lléveselo usted pronto por caridad!

TER. Al momento... ¡qué súpito es aquel buen señor!

LAZARO. Y si traen la contestación del señor de Bermúdez...

TER. En seguida... (Sigue el timbre.) Ya voy... ya voy... (Dice esto sin gritar, como para sí. Sale Teresa.)

ESCENA III

LAZARO, sólo.

¡Lo que me ha dicho de mi pobre madre, me ha descompuesto todos los nervios!... Yo no estoy bueno.

(Preocupado.) ¡Bah!... Yo no estoy malo. (Protestando.) ¡Cómo se va á reir de mí el doctor Bermúdez cuando consulte con él!... Es que soy muy aprensivo; pero me siento fuerte: me dice Javier á cada instante «¡hijo, no taconees tanto!» Firme; así, firme... (Se pasea, pisa de talón y ríe.) Ya sé yo en qué consiste: es que soy muy feliz y tengo un miedo espantoso de perder tanta felicidad. ¡Muy felíz! (Contando por los dedos.) *Mis padres*, tan buenos: *Carmen*, que me adora: *yo*, que deliro por ella: *la gloria*, que me llama: yo que respondo; «allá va Lázaro:» *mis ojos*, que son míos y no se hartan de beber luz y colores: *mi pensamiento*, que es mío, y que no se cansa de adivinar maravillas: *mi vida*, que es mia, y que quiere vivir más! .. ¡vivir más!... ¡sí, más! (Pausa.) Dicen que la vida es triste, que es dolorosa... ¡farsantes!... ¿acaso se ha descubierto nada mejor? ¿Será mejor ser piedra, que no tiene nervios para extremecerse de placer? ¿será mejor ser agua, que siempre corre la muy estúpida sin saber á dónde va? ¿será mejor ser aire para soplar sin motivo y llenarse de tierra y polvo el muy sucio? ¡No: es mejor ser Lázaro; porque Lázaro tiene unos padres muy buenos (Vuelve á contar por los dedos.) y tiene á Carmen; y tiene la gloria; y tiene sobre todo *la vida*; y tiene sobre todo el pensamiento, la razón!... Ea, yo tengo todo esto: lo tengo: ¡qué le hemos de hacer si lo tengo! (Se sienta un poco acurrucado.) ¡Claro... y porque todo eso es tan bueno, y porque lo tengo yo, tengo miedo de perderlo! Tengo miedo como un chiquillo: á veces me parece que soy un chiquillo, y siento impulsos de buscar á mi madre y de acurrucarme en su falda. ¡Un hombre que casi comprende á Kant y á Hegel; que escribe dramas, muy aplaudidos, sí señor, muy aplaudidos; que medita obras trascendentales!... ¡Un hombre, todo un hombre, que tuvo desafíos en Madrid... y algún amorcillo que otro (Riendo.)... ¡y muy sabrosos!... ¡la razón

práctica, no de Kant, de Zola, que le hace cosquillas á la razón pura de Kant y que hace reír á la buena señora!... ¡Bueno, pues este formidable Lázaro á veces es un niño!... ¡y quisiera abrazarse á su madre y que le comprase juguetes!... ¡Ser niño... sí, también es bueno ser niño!... ¡Vaya... á mí me gustaría!... (Riendo.) ¡Qué disparates! ¡Señor, qué disparates!... (Queda acurrucado en el sillón, pensando y riendo muy bajito.)

ESCENA IV

LAZARO y TERESA; después BERMÚDEZ

TER. Señorito, un caballero me ha dado esta tarjeta..

LAZARO. (Como despertando.) ¿Un caballero?... ¡á ver!... ¡El doctor Bermúdez!... ¿Pero por qué se ha incomodado? ¡si yo hubiera ido!... Que pase... que pase... (Sale Teresa.) Pronto, mujer... que pase... Con éste hay que tener mucha prudencia, mucha compostura, mucha calma. ¡Dios mío! ¡Si hubiese oído los desatinos que he dicho... qué miedo!

TER. (Anunciando.) El señor de Bermúdez. (Después sale.)

BERM. ¿El señor don Lázaro Mejía?...

LAZARO. Servidor de usted... muy servidor... y sintiendo en el alma haber molestado á una persona como usted... ¡una eminencia!. . ¡un sabio!... (Con mucha cortesía, pero procurando contenerse.)

BERM. No tanto... no tanto... Recibí su carta...

LAZARO. ¡Dios mío, no era para que usted se molestase!... Le rogaba que se sirviese señalarme hora y yo hubiera ido á su casa de usted... Pero siéntese usted... no puedo consentir que permanezca en pié ni un instante más... (Haciéndole sentar.) Siéntese usted... aquí... no, aquí... aquí estará mejor.

BERM. Mil gracias... es usted muy amable... (Se sienta.)

LAZARO. Yo no sé si tengo derecho para sentarme ante un hombre como usted: ¡una gloria nacional!... (Se domina

de modo que su acento es natural: si acaso peca un poco por exceso de cortesía.)

BERM. ¡Por Dios!...

LAZARO. ¡Una fama europea!...

BERM. Usted me confunde... yo no merezco... (Es muy simpático este joven: bien decían en Madrid que tiene mucho talento.)

LAZARO. ¡Que usted no merece!... ¡ah! Tratándose de una celebridad como el Doctor Bermúdez, la modestia... en todo caso tendrá voz, pero no tiene voto.

BERM. ¡Señor de Mejía!... (¡qué bien habla!)

LAZARO. ¡No me trate usted de ceremonia! ¡No merezco tanta solemnidad! «¡Señor de Mejía!» (Riendo.) Llámeme usted, «Lázaro:» yo sí que no merezco más: tráteme usted como el maestro al discípulo... no me atrevo á decir como un buen amigo á un amigo respetuoso.

BERM. Como usted guste... y será para mí una honra. (¡Muy simpático, muy simpático!)

LAZARO. Pues lo repito, siento en el alma haber causado á usted esta molestia...

BERM. De ningún modo. Ya le dije anoche á su señora madre, que si otra vez me necesitaba, ó si quería que con nuevos datos ampliase mi opinión, estaba incondicionalmente á sus órdenes. Una tarjeta diciéndome, «venga usted» y vendría al momento. Así es que al recibir esta mañana la carta... figúrese usted... dije, «á ponerme á los piés de esa señora y á conocer personalmente su hijo, ¡á una futura gloria nacional y á una futura fama europea!...»

LAZARO. ¡Señor de Bermúdez!... (Declinando la honra con el ademán. Aparte.) (Mi madre... anoche... ¿qué dice?) (Dominándose.) Pues mi madre fué anoche... á ver á usted... porque ..

BERM. Sí señor, ya me lo explicó todo. Que estaba usted de cacería, y que no pensaba usted volver en toda la semana; que le habían asegurado que yo regresaba á Madrid hoy mismo, y que había querido consultarme

sin pérdida de momento sobre la enfermedad de ese pobre joven... un primo ó un sobrino... ó un pariente... creo que es un sobrino de su señora madre... cuyo nombre dijo: Don Luis... Don Luis...

LAZARO. Justamente... *un sobrino*: ahí tiene usted. (Sonriendo.) (¿Qué es esto?... ¿qué pariente es ese?... ¡si no es verdad!... ¡Dios del cielo!) ¡Un sobrino! ¡eso es! A quien Dios no le da hijos, el diablo... (Riendo.) Sí, pero ella además me tiene á mí... ¡á su Lázaro!... ¡á su hijo!

BERM. Y debe estar orgullosa...

LAZARO. Señor de Bermúdez... ¡tenga usted compasión de un principiante! Conque yo quisiera que usted me explicase á mí, lo que tuvo usted la bondad de explicar á mi madre... porque las señoras... no entienden mucho de medicina... y aunque yo tampoco entiendo... sin embargo...

BERM. Es verdad... es distinto.

LAZARO. Es distinto, eso es: es distinto Y además, yo conozco con más intimidad á ese pobre joven... el pobre Luis... y puedo suministrar á usted nuevos datos...

BERM. ¡Oh! los de su señora madre fueron muy precisos... ¡es un espíritu muy observador!

LAZARO. ¡Muchísimo!... ¡no lo sabe usted bien!... ¡un espíritu muy observador... (Aparte.) (¡Dios mio!... mi madre... ¡y al volver á casa... su llanto!... ¡qué dice este hombre!)

BERM. De todas maneras, lo mejor sería que yo viese al pobre joven... pero si no es posible...

LAZARO. Ya lo creo que es posible, y eso es lo mejor: le verá usted: yo mismo le llevaré á usted... á su casa... sí señor... á su casa. . sí señor.

BERM. Perfectamente. Eso fué lo que yo dije á su señora madre; pero ella me replicó que hasta no llegar un caso extremo, las familias tienen reparo... lo comprendo y lo disculpo.

LAZARO. Nada de eso: ahora mismo podrá usted venir conmigo á ver á ese... pobre joven. ¡Un hombre como usted!

¡un hombre como usted tiene derecho á ver á todo el mundo!... ¡pues no faltaba más!

BERM. Pues espero sus órdenes... (Levantándose.)

LAZARO. Permítame usted, amigo mío, mi querido amigo... antes quisiera yo... le ruego á usted, que me diga lo que mi madre le explicó y lo que opinó usted; porque aunque ella me lo ha referido todo esta mañana, me agradaría oirlo de sus labios de usted... ¡se aprende tanto oyendo á un hombre como el Doctor Bermúdez!... (Con tono persuasivo.) ¡Deseo tanto que usted hable!... ¡y oirle yo!... ¡Pues si ha sido la ilusión de mi existencia!... ¡Hable usted, hable usted!

BERM. ¡Querido Lázaro!... (Decididamente le fascino!) Su madre de usted me expuso con una gran lucidéz todos los antecedentes del enfermo: sus dolencias cuando niño, su carácter, sus estudios, su imaginación exaltada, los primeros síntomas de la enfermedad... un accidente débil... otro más fuerte...

LAZARO. Todo eso ya lo sé... (Con cierta sequedad.) ¡Adelante!... ¡Adelante, mi querido Bermúdez! (Con cariño algo extremoso.)

BERM. El médico es algo así como un confesor, y su madre de usted no tuvo inconveniente en referirme la juventud del padre... del padre del joven.

LAZARO. ¡Ah!... la juventud... Sí... la juventud... ya... ya... ¿y qué?

BERM. Su conducta viciosa, su desenfrenado libertinaje...

LAZARO. ¡Libertinaje!... (Exaltándose. Conteniéndose.) Sí... (Con risa forzada.) ¡Locuras de la edad! una señora siempre exagera estas cosas. Yo tampoco he sido un santo: ni usted lo habrá sido... Doctor, doctor, usted con toda su ciencia y toda su formalidad... ¡Dios sabe!... ¡Dios sabe!... ¡Ah, estos doctores! (Dándole una palmada.) ¿Y qué más?

BERM. ¡Somos mortales y pecadores somos, amigo Lázaro! (Riendo.)

LAZARO. ¡Y tomamos por oro fino lentejuelas de talco!... Vamos, vamos al talco.

BERM. El caso es, que ese buen señor, el padre del enfermo, llegó á ser hombre formal, y no fué hombre formal y no se corrigió. Su esposa parece que ha sufrido muchísimo. ¿Es exacto todo esto que me refirió su señora madre de usted? Porque si es exacto hay que tomarlo en cuenta. Por eso lo pregunto.

LAZARO. (¡Mi cabeza! ¡Ay, mi cabeza!) Mire usted, querido Doctor, pormenores son esos que yo no conozco. (Logrando dominarse y hablando con naturalidad.) Pero si mi madre lo dice... verdad será. ¡Mi madre es un espíritu superior, y un alma purísima y una madre como ninguna! Pero no hablemos de la madre... sino del hijo... es decir, del hijo de la otra madre... conque á ver, á ver. ¿Qué más contó?

BERM. Que para evitar que el hijo se enterara de los desórdenes del padre, porque el chico, naturalmente, iba creciendo, tuvo la madre que mandarlo á un colegio de Francia.

LAZARO. (¡Soy yo!... ¡soy yo!... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡calma, calma!)

BERM. ¿Qué dice usted?

LAZARO. Nada: me río de esas tragedias de familia... el padre calavera... y el hijo... y como usted me infunde tanto respeto... y como el asunto es tan triste... no me atrevía á reirme. ¡Ay, señor de Bermúdez!... ¡qué mundo este!... ¡qué mundo este!... Vamos... vamos... (Serenándose.) Sí señor: la historia, en la parte que yo conozco, es completamente exacta. Luégo le mandaron á estudiar á Madrid, á ese desdichado... desdichado... mire usted, no tan desdichado... que lo pasó en grande.

BERM. Justamente... y el padre siempre lo mismo.

LAZARO. ¡No hablemos del padre!... (Con alguna dureza.) ¿ya, para qué? ¡Ya el hijo está por el mundo... pues dejar al otro!... (Conteniéndose.) ¡Ah!... ¡perdone usted!... ¡quiero tanto á mi padre, le respeto tanto... que esas palabras que usted pronunció me hicieron daño, mucho daño! Una debilidad, lo reconozco: un hombre de ciencia no conoce esas debilidades; pero los poetas somos

así. ¡Ustedes... ustedes se elevan por encima de las miserias humanas! El águila... lo mismo vuela... ¿eh?... sobre la cúspide de granito con caparazón de hielo... ¿eh?... que sobre la charca infecta... ó el lodazal... el lodazal... ¿eh?... ¡pero no todos somos el doctor Bermúdez!... (Cogiéndole la mano.)

Berm. ¡Respeto sus delicadezas de usted; pero la ciencia es implacable! Un padre... (Lázaro retrocede en su asiento.) que ha consumido su vida en el vicio, que ha revolcado todas las energías de su sér en el lodazal de la orgía, que ha caldeado su sangre al rescoldo de todos los fuegos impuros, corre el peligro de no transmitir á su hijo más que gérmenes de muerte ó gérmenes de locura. (Lázaro se encoge más y más.) Y yo le digo á usted, como le dije anoche á su señora madre, sin perjuicio de rectificar mi opinión cuando examine al paciente, si la pintura que ustedes me han hecho es exacta... y me figuro que lo es...

Lazaro. ¡Lo es!... ¿y qué?

Berm. ¡Ah! no se corrompen impunemente los manantiales de la vida. *El hijo de ese padre* acabará muy pronto por la locura ó por el idiotismo. ¡Loco ó idiota! ¡Tal es su destino! (Dice esto Bermúdez sin mirarle, con solemnidad, como el que dicta una sentencia: mirando de frente y accionando con el brazo hacia Lázaro.)

Lazaro. (Se encoge en su asiento y mira á Bermúdez con horror.) (¡Ah!... ¡No!... ¿Qué?... ¡mi padre!... ¡yo!... ¡mentira!... ¡mentira!... ¡es mentira!...) (Oculta el rostro entre las manos.)

Berm. ¿Qué es esto?... ¡Lázaro!... ¡Señor de Mejía!... ¿Se siente usted malo?... ¿Qué dice usted?... ¡no comprendo! (Se levanta y se acerca.) ¿Acaso?... ¿Qué?

Lazaro. ¡Que yo soy el loco! .. ¡silencio!... ¡que yo soy el idiota!... ¡silencio!... ¡que yo soy! ¡yo! ¡Míreme usted bien: estúdieme usted bien: afirme su juicio: medite, examine, sentencie! (Bermúdez en pié, Lázaro sentado y cogiéndole por un brazo.)

BERM. ¡Pero esto no es leal, señor de Mejía!... ¡Esto no es correcto!... ¡Por Dios!... ¡por Dios santo!

LAZARO. ¿Lealtad... corrección, en un hombre como yo? ¡Bermúdez!... ¡Bermúdez!... ¡Hice mal, lo confieso!... ¡Un idiota que presenta sus humildísimas excusas á un sabio!... ¡Sea usted generoso, perdóneme usted!... (Entre cortesía, tristeza y algo de sarcasmo.)

BERM. ¡No me ha comprendido usted! Yo lo siento por usted, Lázaro: porque le he dado á usted... un disgusto... un mal rato, sin causa... créame usted, ¡sin causa ninguna!... Válgame Dios, estos autores dramáticos... ¡nada, que no está uno seguro con ellos!... (Queriendo echarlo á broma.)

LAZARO. ¡Calma!... ¡Calma!... Quiero la verdad: aún me queda alguna luz de razón, y puedo comprender lo que usted me diga. ¡Ea!... ¡la verdad, Bermúdez, la verdad! ¡Es la última verdad que puedo comprender, y quiero saborearla! (Levantándose.) ¿A ver?... ¡Todavia comprendo!... ¡sí!... ¡todavía!

BERM. Amigo Lázaro... ¡Por todos los santos de la corte celestial!

LAZARO. No, si aún conservo mi juicio; si yo le explicaré todo lo que ha pasado. Mi madre, fingiendo que preguntaba por otro, preguntó por mí; yo, fingiendo que me interesaba por otro, me interesé por mí, y entre una pobre madre y un pobre diablo han burlado á un sabio. ¡Ah! burlar... no: perdone usted. Saber la verdad: nada más; pero como la verdad es traidora, á veces hay que arrancarla á traición. Yo le ruego á usted humildemente que nos perdone... á mi madre... y á mí.

BERM. ¡Le digo á usted que no vuelvo de mi sorpresa!... ¡que me duele en el alma haber hablado con tanta ligereza!... Ya les anuncié que mi juicio era aventurado... ¡muy aventurado! sin examinar al paciente. . (Buscando por dónde irse.)

LAZARO. ¡Pues aquí está el paciente!... ¿No le digo á usted que

soy yo? ¡Oh, no tema usted: hombre soy, capáz de mirar cara á cara á la muerte, y de contestar á la mueca de la locura con otra mueca aún más grotesca! ¡Mientras me quede corazón, obedecerá la cabeza!

BERM. ¡Por Dios, cálmese usted!... ¡Si todo esto no es serio!

LAZARO. Si estoy en perfecta calma: si todavía soy dueño de mí mismo. Siéntese usted... (Le hace sentar.) hablemos con tranquilidad... Dígamelo usted todo... pero en voz baja, que no se entere mi madre: que no se entere. ¡Y de mi padre, ni una palabra!... De mi padre... no.. basta... nada. Yo he sido en Madrid un loco, de suerte que la locura es mía. ¡Toda ella es mía! ¡Oh! ¡me lo niega usted todo! ¡Esto no es justo, señor de Bermúdez! ¡Hágase usted cargo que no es justo! ¡Me niega usted mi propia razón, y hasta quiere usted quitarme mi propia locura!... Diciendo... diciendo... que mi padre... ¡silencio! Bueno, mi razón no me pertenecerá, paciencia; pero mi locura me pertenece; le juro á usted que me pertenece, y la defenderé... ¡la defenderé, Bermúdez! (Avanza sobre el médico. Conteniéndose.) Y ahora, hablemos reposadamente de mi... de mi dolencia.

BERM. Señor de Mejía, querido Lázaro... Cuanto anuncié antes, fué puramente hipotético: ahora que le conozco á usted, modifico de todo punto mi opinión.

LAZARO. ¿De veras? (Con sonrisa burlona.) Por Dios, señor de Bermúdez: loco, pase; pero todavía no soy un idiota.

BERM. ¡Por Dios, señor de Mejía; que yo sí que voy á salir de esta casa ó idiota, ó loco!

LAZARO. ¿Cuándo calcula usted que sufriré el ataque definitivo; el último; el de la noche eterna; el que nos rodea de negrura para siempre?... ¡Cómo se conoce que he sido poeta! ¿eh? ¡Noche eterna, eterna negrura! ¿verdad?... Conque diga usted, ¿cuándo? ¿Qué plazo me concede usted? ¿Un año? ¿tres meses? ¿ó es inmediato? Con franqueza: ya ve usted que todavía oigo, y comprendo y aún hablo poéticamente... ¡Eterna ne-

grura, noche eterna!... ¿Conque á ver... á ver? Un año, ¿eh?

Berm. ¡Bien se conoce que es usted poeta!... ¡Se lanza usted á las regiones fantásticas!... Mire usted, su sistema nervioso está quebrantado, algo quebrantado, no lo niego... pero yo respondo de su curación de usted, ¿quiere usted más?

Lázaro. Sí, en eso estamos: mi curación: ya lo creo. ¿Pero el ataque definitivo, para cuándo? ¡Tal me siento estos días, que yo creo que está muy próximo!

Berm. ¡Locuras! ¡locuras!... ¡esas son locuras!...

Lázaro. ¡Precisamente! ¡Ah, usted lo ha dicho: locuras!... ¡Vamos, un esfuerzo! ¿Será mañana, será hoy?

Berm. Ni hoy, ni mañana, ni en veinte años si tiene usted juicio.

Lázaro. ¡Si tengo juicio!... ¡Ah, es usted ingenioso!... «No perderé el juicio si tengo juicio...» ¡Naturalmente!...

Berm. Buena señal; ya bromeamos.

Lázaro. Si estoy muy tranquilo. ¡Al pronto sentí una ola de sangre en el cerebro! ¡Después, una ola de hielo que se extendía por todo mi sér!... Y ahora... bien... tranquilo... cansado: un poco cansado: nada más.

Berm. Bueno, pues descanse usted: tranquilícese usted; y antes de mi regreso á Madrid volveré... y he de convencerle...

Lázaro. ¡Si estoy convencido!... Oh, Dios mío, no quiero detener á usted más... bastante he abusado de su bondad de usted.

Berm. Entonces, si usted me permite... (Haciendo ademán de retirarse.)

Lázaro. Sí señor... ¡ya lo creo!... y no me guarde usted rencor. (Acompañándole.)

Berm. Por Dios... Conque amigo mío:..

Lázaro. (Deteniéndole.) ¡Un momento!... (Al oído.) ¿Para cuándo?...

Berm. ¡Otra vez!...

Lázaro. No: si lo único que deseo que me diga usted, es

esto: «Lázaro, no hay esperanza: el ataque será el mes que viene, ó la semana próxima, ó mañana, ó esta noche, ó ahora mismo...» en fin, cuando sea. Esto es lo único que ha de decirme usted: no pido más.

BERM. ¿Pero cómo quiere usted, que á sabiendas, diga yo desatinos?

LAZARO. Porque tiene usted el deber ineludible de decirme la verdad. (*Con energía.*) Por áspera, por amarga, por dolorosa que sea, debe usted decírmela. ¡Es cuestión de honra, de vida ó muerte!... Ahora me comprenderá usted. (*En voz baja al oído.*) Yo adoro á Carmen: se ha concertado nuestra boda: será dentro de poco, dentro de quince días. Y ahora responda usted: en conciencia, ¿puedo yo, sin cometer una infamia, ligar á mi existencia de idiota la existencia de Carmen?

BERM. ¡Qué pregunta!

LAZARO. Si es usted hombre de honor... ¡márchese usted sin contestarme! franco tiene usted el camino... (*Separándose.*) ¡Ea, no le detengo!

BERM. ¡Por Dios, Lázaro!

LAZARO. Pero piense usted, que por la cobardía de un momento, por no hablarme usted como un hombre habla á otro hombre, ¡que todavía lo soy! va usted á causar mucho daño. ¡Porque si usted no me dice: «renuncia,» yo no renuncio á Carmen: me abrazo á ella y con ella al abismo!

BERM. ¡Mire usted que no puedo más!

LAZARO. ¡Mire usted que el amor es vida! ¡oleaje de vida que se propaga! ¿y qué será nuestra descendencia? Vamos, dígalo usted, valor. ¡Una manada de neuróticos, de idiotas, de dementes, de criminales quizá! ¡Desaguadero en la muerte de los desperdicios de la humanidad! ¡Franqueza, valor, dígalo usted!

BERM. ¡Oh! ¡qué cabeza! ¡Vaya, si continúa usted así, yo le aseguro á usted que se volverá usted loco!

LAZARO. ¡Por la memoria de su madre, por la honra de su familia, por la felicidad de sus hijos, por el deber sa-

grado de su profesión, por su conciencia de hombre honrado, por su Dios de usted, por piedad, por compasión! ¿Si tuviera usted una hija, consentiría usted que se casase conmigo?

BERM. ¡Hoy... no!... (*Quiere seguir.*)

LAZARO. Basta: mañana, tampoco. Basta, jamás. ¡Gracias: mi sentencia!... ¡Carmen!... ¡Carmen!... (*Cae en el sillón.*)

BERM. ¡Lázaro... por Dios... no me ha dejado usted concluir!... ¡Lázaro! ¡Esta criatura!... ¡óigame usted!.. ¡Hay que llamar! (*Toca el timbre.*) ¡Pierde el sentido!... ¡Lázaro!... (*Timbre.*) ¡Eh!... ¡aquí!... (*Asomándose á la puerta.*)

ESCENA V

LÁZARO, BERMÚDEZ, DOÑA DOLORES y DON JUAN

BERM. ¡Señora!...

DOL. ¡Bermúdez!... (*Corriendo á él.*)

JUAN. ¡Mi Lázaro!... (*A Bermúdez.*)

DOL. ¡Mi hijo!... (*A Bermúdez.*)

JUAN. ¿Pero qué es esto?.., ¿Señor, qué es esto?

LAZARO. ¡Nada! (*Levantándose.*) Llamamos... no acudieron. Volvimos á llamar .. y habéis venido vosotros. Y llamé porque quería presentaros á mi buen amigo el Doctor Bermúdez. Mi madre... (*Presentándola.*) ya ustedes se conocen... ¿No es verdad que se conocen ustedes?

DOL. ¡Hijo mío! (*Abrazándose los dos.*)

LAZARO. No lo extrañe usted. (*A Bermúdez.*) Como estuve de cacería una semana entera... y como no nos habíamos visto al volver... por eso nos abrazábamos.

BERM. Es natural.

LAZARO. Mi padre... (*Presentándole.*) A mi padre ya le había visto esta mañana, por eso no le abrazo. (*Don Juan le mira como implorando.*) Sin embargo, para que no imagine usted que le quiero menos que á mi madre, le abrazaré también. ¡Padre!...

JUAN. ¡Lázaro!... (*Abrazándose.*) ¡Aprieta más!... ¡Más!... ¡Así!

(A doña Dolores.) (¿Lo ves Dolores? ¿lo ves?... ¡si tiene una fuerza!... ¡casi me ha quitado el aliento!... ¡Todo eso que me has contado es una tontería!)

DOL. Sí... es verdad... una tontería...

JUAN. ¿Conque está delicado el chico? (A Bermúdez.)

BERM. Nada: en sustancia, nada.

JUAN. ¿Lo estás oyendo? (A doña Dolores) ¡Qué cabeza la tuya!

LAZARO. Tranquilizáos: delicado: un poco delicado. No te apures, madre.

DOL. ¡Lázaro!... ¡hijo mío!... ¡mi Lázaro!... (Acariciándole.)

JUAN. ¡Y yo he de apurarme ó no!... (Acercándose á Lázaro con envidia.) ¡O importa poco que yo me apure!

LAZARO. No se apure usted tampoco, padre. Si no hay motivo. Estoy perfectamente: que lo diga Bermúdez. Y me voy á trabajar un rato... (Con angustia.) ¡porque no puedo más!... (Conteniéndose.) no puedo más con esta ociosidad, ¿eh?... Y con el régimen que usted me ha puesto... y siguiendo sus consejos... dentro de poco... ¡la resurrección de Lázaro!... ¡Adiós Bermúdez... ¡madre mía!... padre y señor... Doctor insigne... Lo dicho... lo dicho... ¡la resurrección de Lázaro!... ¡Ah! ¡para este Lázaro no hay resurrección! (Sale.)

ESCENA VI

DOÑA DOLORES, DON JUAN y BERMÚDEZ

JUAN. ¡Hable usted, por Cristo crucificado! (A Bermúdez.) ¡Yo sé que no es nada... pero quiero que hable usted! Vamos, ¿mi Lázaro? ¿qué?... ¡Porque ésta dice unas cosas!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡qué mujer! ¡Tú siempre has sido así!... ¡No se habla á la ligera!... ¡son cosas muy grandes!... Conque, vamos... (A Bermúdez.) á ver... á ver...

BERM. ¡Señor don Juan, usted comprende!...

DOL. ¿Ha cambiado su opinión de usted?

BERM. Sustancialmente no ha cambiado.

DOL. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... (*Se arroja sollozando en un sillón.*)

BERM. Pero es preciso tener un poco de calma..., ¡Señora, por Dios!

JUAN. ¡Calma! ¡Ya lo creo, como que no es posible lo que dicen ustedes!... ¡pues no faltaba otra cosa!... Pues no hay más que venirse abajo un genio así como Lázaro .. y de pronto... Si fuera yo... bueno, porque yo... señor de Bermúdez, yo me chiflo cualquier día... ¡pero Lázaro... Lázaro... mire usted bien lo que dice, que estas casas son muy grandes!... ¡Y hay que pensarlas despacio! ¡muy grandes!... ¡pero muy grandes!

BERM. Tiene usted razón, don Juan. Y ahora... dispénsenme ustedes... estoy profundamente afectado... y no podría coordinar dos ideas...

JUAN. ¿Lo estás oyendo? (*A su mujer.*) No podría coordinar dos ideas... (¡Digo, digo, para que yo me fíe de él!)

BERM. Más tarde... mañana... otro día... tendré el gusto de saludar á ustedes y de ver á Lázaro... Ahora, permítanme ustedes que me retire.

DOL. (*Levantándose y corriendo á él.*) ¿Pero todavía no regresa usted á Madrid?... ¡No por Dios!

BERM. No señora. Todavía permaneceré aquí quince ó veinte días.

DOL. ¡Entonces, vuelva usted!... ¡vuelva usted!... ¡Yo se lo suplico!

JUAN. Eso sí: vuelva usted.

BERM. Sí señor: volveré.

DOL. ¿Mañana?

JUAN. Si esta noche se diese usted una vueltecita... ¿eh?... Tomaría usted café con nosotros: ¡tengo un Jeréz!

BERM. Esta noche no puedo. Vendré mañana.

DOL. ¡Hasta mañana, Bermúdez!... (*Acompañándolo.*) ¡Salve usted á mi hijo!

JUAN. ¡Hasta mañana, señor de Bermúdez!... ¡Y cuidado con lo que se hace con mi Lázaro!

BERM. ¡Hasta mañana!... Señora... (Apretándole la mano.) ¡Señor mio!

ESCENA VII

DOÑA DOLORES y DON JUAN. Doña Dolores cae en un sillón: don Juan se pasea con dificultad, pero muy nervioso.

JUAN. Este hombre no sabe lo que se dice. Ya le has oído: no puede coordinar dos ideas. ¡Estamos frescos! ¡Conque se pierde el talento y se pierde la cabeza como se pierde un sombrero! ¡Aquí me dejé el sombrero, aquí me dejé la cabeza! ¡Bah! ¡bah! Los idiotas lo son desde chiquititos: no digo los idiotas, los tontos lo han sido toda su vida: no hay nadie más consecuente que un tonto. ¡Pero un hombre de genio!... ¡Oh!... ¡el genio! ¡Desatinos de doctores! ¡juzgar él á mi Lázaro! ¡él que no puede coordinar dos ideas, á Lázaro que sabe como el Padre nuestro lo de la *finalidad sin fin*! Vamos, responde, ¿digo bien?

DOL. ¡Ojalá!

JUAN. ¿Pero no crees tú que es mentira todo lo que ese farsante nos ha dicho?

DOL. (Con desesperación.) ¿Y si fuese verdad?... ¿Si fuese verdad?... ¿Y entonces? Entonces, ¿para qué había nacido yo? (Avanzando sobre don Juan, que retrocede.) ¡Perdidas mis ilusiones por ti! ¡manchada mi juventud por ti! ¡escarnecida mi dignidad por ti! ¡Después de veinte años de sacrificios para merecer á mi Lázaro!... ¡Buena, por él!... ¡leal, por él!... ¡resignada, por él!... ¡honrada, por él!... ¡y hoy!... ¡No!... ¡Tú siempre has sido un miserable; pero esta vez tienes razón! ¡Imposible!... ¡Imposible!... ¡No puede quererlo Dios!

JUAN. ¡Bueno, he sido un miserable! ¡qué más da! Pero no te acuerdes de todo eso... y sobre todo, no lo digas... dí que me perdonas... perdóname, Dolores.

DOL. ¿Qué te importa?

JUAN. ¡Nos importa á los dos! Si tú no me perdonas, y á Dios se le ocurre castigarme, y me castiga en mi Lázaro... «¡pudo ser un genio... ahí tienes un idiota!...» Estas cosas son muy serias. . ¡Vamos, vamos.., no digas eso!...

DOL. ¡Qué cosas dices!... Tú también desvarías... No importa... por si acaso... te perdono de todo corazón.

JUAN. Gracias, Dolores: así estamos más seguros.

DOL. ¡Pero ayúdame á salvar á Lázaro! (Cogiéndose á él.)

JUAN. Con mi alma entera. Aunque tenga que dar por él toda la vida que me queda!

DOL. ¡Dar tu vida!...¿Ya, qué vida tienes?...¡Toda la que te concedió Dios, debiste darle!

JUAN. ¡Dolores!

DOL. ¡Es verdad! Te había perdonado: no lo volveré á decir. Pero ¿qué hacemos?

JUAN. Le llevamos á Madrid para que le vean los médicos de más fama.

DOL. Bien pensado.

JUAN. Y luégo á París: consultaremos con todas las eminencias.

DOL. Justo: y después á Alemania.

JUAN. Y á Inglaterra: ¡los ingleses saben mucho! ¡Bah! ¡si hay mucha ciencia esparcida por el mundo!

DOL. Pues la recogeremos toda para Lázaro.

JUAN. ¡No faltaba más! ¡Todo para él! ¡para él lo que me queda de mi fortuna! ¡Mucho derroché! pero aún soy rico.

DOL. Nunca te he pedido cuentas: derrochaste lo tuyo.

JUAN. No, señora; no, señora. No era mio: ahora lo veo; era de Lázaro. ¡Pero señor, si yo no sabía que iba á tener á Lázaro! Dolores, ¡á salvarle!

DOL. ¡Nos asiremos á su razón como dos desesperados, para que no huya! ¿verdad? (Agarrándole.)

JUAN. ¡Como dos desesperados y como dos padres! ¿verdad? (Se agarra á ella.) Y le salvaremos, ¿verdad? ¡No digas que no! ¡no digas que no! (Cae en un sillón llorando.) ¡He sido malo, pero sin mala intención! ¡Yo no sabía esto!

¡que me lo hubieran dicho!... ¡Lázaro! ¡mi Lázaro!

DOL. ¡No te aflijas! ¡no ves que no tendrás energía para luchar!

JUAN. ¿Que yo no tengo energía? ¡Ya verás! ¡Hola, hola!... ¡que yo no tengo energía!

DOL. ¡Así te quiero!... y créeme, ¡ese Bermúdez exagera!

JUAN. ¡Es un fanático!... ¡un farsante!... ¡un loco que no puede coordinar dos ideas!... ¡Ah, mentecato! (Enseñando el puño.) ¡No sé cómo tengo la cabeza!... ¡mi pecho arde! ¡mi garganta se seca! (Toca el timbre.) ¡Teresa!... ¡eh!... ¡Teresa!...

DOL. ¡Teresa!... (Llamando.) ¿Qué tienes? (Volviendo á don Juan.)

JUAN. ¡Nada!... ¡nada!...

TER. ¿Señor?

JUAN. Tráigame usted una copita de Jeréz... no, un vaso de agua... agua sola.

TER. Sí señor. (Sale.)

JUAN. (Paseándose.) ¡Desde hoy he de mortificarme!... ¡á pan y agua, como un anacoreta... todo por Lázaro!... ¡Vamos, que si esto no se me tiene en cuenta!...

DOL. Sí; pero mucha prudencia... que nadie sepa nada.

JUAN. Nadie: nuestros viajes serán viajes de recreo: viajes artísticos, para que Lázaro vea mundo y se instruya... ¡si todas esas son aprensiones!

DOL. ¡Ni una palabra á nadie!...

JUAN. ¡Ni á Carmen! no le digas nada á Carmen.

DOL. ¡Pobre Carmen! ¡pobre ángel mío! pero tienes razón; lo primero es Lázaro.

JUAN. ¡Lo primero! ¡claro está!... ¡Pero esa chica no viene y yo me ahogo!...

ESCENA VIII

DOÑA DOLORES, DON JUAN, TERESA y DON TIMOTEO

TER. (Anunciando y con el vaso de agua.) Aquí está don Timoteo.

JUAN. Que pase...

TER. Ya pasa él.

JUAN. ¡Silencio, y á fingir indiferencia! (A doña Dolores)

DOL. (¡Indiferencia y alegría!) (Secándose los ojos. Don Juan bebe un vaso de agua.)

JUAN. ¿Quieres?... ¡bebe, mujer!... ¡serénate!... (Sale Teresa.)

DOL. Gracias: ya estoy serena.

TIM. ¡Mi doña Dolores!...

DOL. ¡Amigo don Timoteo!

JUAN. ¡Mi querido Timoteo! (Queriendo abrazarle.)

TIM. ¡No me abraces!... ¿No ves que vengo casi de etiqueta? ¡todo de negro!

DOL. ¡De negro!... ¿por qué?

JUAN. ¿Por qué?

TIM. No alarmarse: no es luto, sino etiqueta. Vengo solemne. Ahora verán ustedes. ¿No está por ahí Carmen?

DOL. Estuvimos juntas á oir misa... conmigo ha venido... y en mi gabinete está con don Nemesio y con Javier... ¡Tan alegre!

TIM. ¡Pues que venga aquí todo el mundo: todo el mundo!... (Toca doña Dolores el timbre.) Menos Lázaro: ese vendrá después. ¡Ah!... ¡la solemnidad!... ¡la solemnidad! . (Riendo.)

TER. Señora...

DOL. Que tenga la bondad de venir la señorita Carmen.

TIM. Ella y todos: todos. Y hasta que vengan no hay que hablarme.

DOL. (¿No adivinas?) (Aparte á don Juan.)

JUAN. (Sí.) (A doña Dolores.)

TIM. (Pausa.) ¡Silencio solemne! ¡Silencio precursor de algo muy grave! .. ¡Já, já!...

ESCENA IX

DOÑA DOLORES, DON JUAN, DON TIMOTEO, CARMEN y JAVIER

CARMEN. (Corriendo hacia su padre.) ¿Me llamabas tú?

TIM. ¡Silencio, chiquilla! ¿No ves lo graves que estamos todos?

CARMEN. Pero, ¿qué ocurre?

TIM. Tú te acercas á Dolores. (A su hija.) Así: bueno. (Movimiento en todos: Carmen se abraza á doña Dolores.)

DOL. ¡Hija mía!

JUAN. (¡Válgame Dios!)

NEM. ¡Ya... ya!...

JAVIER. (A don Nemesio.) ¡Boda tenemos!

TIM. ¡Silencio! ¿Estamos? Mucha atención y mucha solemnidad... que voy á empezar. ¡Ah! Usted, Javier, que es el más joven, sale corriendo en el instante oportuno á buscar á Lázaro... «¡Lázaro!... ¡Lázaro!...» ¿Comprende usted?... Así, así: todos calladitos: pendientes de mis labios. (Pausa.) Señor don Juan Mejía... (Con solemnidad cómica.) muy señor mío... ¡Diablo, parece que voy á escribir una carta!... ¡Juanito, me pediste la mano de Carmen para Lázaro: consulté con la chica, se muere por el chico y para el chico te traigo la chica. Y digo ante todos... ¡Cásalos, demonio, cásalos!... (Con mucho apuro.) ¡El programa de estos casos... señores, el programa!... ¡El rubor!... ¡el llanto!... ¡la sonrisa!... ¡el abrazo!... (Todos expontáneamente hacen lo preceptuado: Carmen y doña Dolores se abrazan, y doña Dolores llora angustiosamente: don Nemesio y Javier ríen y señalan los dos grupos. Don Timoteo y don Nemesio se abrazan también.) Javier... (Como acordándose.) á buscar á Lázaro... ¡A escape, que se enfría la situación!

JAVIER. Ya voy... ya voy... ¡Lázaro!... ¡Lázaro!...

CARMEN. ¡Madre!

DOL. ¡Hija mía!... ¡hija mía!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

TIM. ¿Y tú no dices nada? (A don Juan.)

JUAN. ¡Pues no faltaba más!...

TIM. ¿Pero no viene?

ESCENA X

DOÑA DOLORES, CARMEN, DON JUAN, DON TIMOTEO y DON NEMESIO; JAVIER, trayendo á LAZARO

LAZARO. (Pálido, descompuesto y arrastrado materialmente por Javier.) ¿A dónde me llevas?... ¿A dónde?...
JAVIER. ¡Ven, hombre de Dios!... ¡á la felicidad!
LAZARO. ¿Qué es esto?... ¿qué me quieren?... ¿por qué me llaman?
TIM. ¡*Tableau*! ¡Que Carmen es tuya! ¡que te la traigo! ¡que os casaréis!... ¡Ea, padre de alcornoque, (A don Juan.) díles algo, que yo hice todo mi papel!
LAZARO. Carmen... ella... ¿es verdad?... ¡Mi Carmen!
DOL. Tu Carmen... es tuya...
JUAN. ¡Qué demonio!... ¡es tuya!... ¡sé felíz!... ¡y que se hunda el mundo! ¡qué me importa á mí el mundo!
LAZARO. ¡Mía!... ¡mía!... ¡puedo llegar á ella!... ¡estrecharla en mis brazos!... ¡abrasarla con mi aliento!... ¡beberla con mis ojos!... ¡Puedo si quiero!
JUAN. ¡Sí!... ¡basta que digas, sí!
LAZARO. ¡Oh, la infamia! ¡oh, la traición!... ¡Carmen!...
CARMEN. ¡Lázaro!... (Dirigiéndose á él.)
LAZARO. ¡No!... ¡aparta!... ¿á qué vienes?... ¡no serás mía!... ¡nunca!... ¡nunca!... ¡nunca!
CARMEN. ¡Me rechaza!... ¡me rechaza!... ¡ya lo sabía yo!... ¡Madre!... ¡madre! (Cae en los brazos de doña Dolores.)
DOL. ¡Hija del alma!
TIM. ¡Mi hija!... ¿qué has hecho?... ¡qué has hecho!
NEM. ¡Pero no comprendo!
JAVIER. ¡Yo sí! (Todos se precipitan á auxiliar á Carmen.)
JUAN. ¡Lázaro!... ¡hijo mío!
LAZARO. (Abrazando á su padre.) ¡Padre!... ¡padre!... ¡eres mi padre, sálvame!

JUAN. Sí, te salvaré... ¡te dí la vida!

LAZARO. ¡Me diste la vida! pero no es bastante: ¡dame más vida para vivir, para amar, para ser felíz, para mi Carmen!... ¡Dame más vida, ó maldita sea la que me diste! (Cae desplomado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa una sala de la quinta de don Juan, á orillas del Guadalquivir, tal como se describió en el primer acto, escena primera, aunque con algunos muebles de época posterior y de gusto más severo. Quedan todavía algunos divanes, la alfombra y varios objetos artísticos. Además una mesita y una silla baja. En el fondo un gran balconaje ó terraza, que se supone que da la vuelta al edificio. Se ve mucho cielo y mucho horizonte. Si el balcón puede estar algo sesgado hacia la izquierda, tanto mejor para la escena final. Una puerta á la derecha, otra á la izquierda. Una butaca á la derecha: á la izquierda un sofá: un quinqué encendido sobre cualquier mesa lateral ó del fondo. Es de noche: el cielo azul y estrellado: á medida que avanza el acto van llegando las luces del amanecer.

ESCENA PRIMERA

DON TIMOTEO, JAVIER y PACA; ésta anda por el fondo y por la terraza como si arreglase algo: viste traje negro ó muy obscuro: pañolón negro de espumilla y con flecos.

TIM. ¿Conque le escribió á usted Dolores?

JAVIER. Sí señor. Que Lázaro deseaba verme; que mi compañía era muy necesaria para apresurar su convale-

cencia; que hablaba constantemente de mí... y al cabo dijo: «vamos allá:» tomé el tren y hace dos horas me plantaba á la puerta de esta quinta, de esta preciosa quinta; que debe tener vistas admirables, según he podido juzgar... ¡á la escasa luz de las estrellas!

TIM. ¿Pero no la conocía usted? ¿No conocía usted la quinta de don Juan?

JAVIER. No señor.

TIM. (Con malicia.) ¡Yo, mucho! Hace muchos años que la conozco. La conocí, ¡allá, cuando Juan y yo éramos jóvenes!... Cuando yo le llamaba Juanito: y él me llamaba Timoteito. ¡Ah, ah! (Con misterio.) ¡Cuántos recuerdos me despierta este recinto venerable! Todo lo que usted ve está impregnado de amor y de locura, de alcohol y de alegría. Yo pudiera decirle á usted: en este diván se cayó un día borracho Juanito: en aquel rincón me caí yo una noche en idéntico estado: y en ese balcón nos caímos los dos una madrugada, en situación parecida. ¡Oh, memorias sacratísimas! ¡oh, sombras queridas! ¿Qué haces ahí? (A Paca.)

PACA. Lo arreglo todo, señor. (Puede tener acento andalúz.)

TIM. Y ya verá usted, ¡qué panorama! Ese balcón mira á Oriente, y se ve el Guadalquivir... «¡Sevilla, Guadalquivir, cuál atormentáis mi mente!...» Las chicas más guapas de la tierra sevillana han almorzado aquí, y han cenado aquí, y han bailado aquí y han cantado aquí... y se han emborrachado aquí.

JAVIER. Ya, ya... que aquí se divertían ustedes en grande. (Paca da un suspiro.)

TIM. ¿Pero no acabas? ¿no acabas, Paca? (Volviéndose con mal humor.)

PACA. Pues me quedé... á ver... si los señores necesitaban algo: por eso.

TIM. Nada: puedes irte á la cocina.

PACA. Bien está, don Timoteo: á la cocina: ¡ay, Dios mío! (Paca lleva una silla bajita á la terraza: se sienta y se abanica.)

TIM. Le digo á usted que yo no puedo mirar nada de lo

que me rodea sin conmoverme. ¡Qué sevillanas, qué malagueñas, qué tarifeñas!... Hagamos punto final. Le estoy pervirtiendo á usted, joven: y á mi edad es cosa fea. Pero es que había unas sevillanas, y unas malagueñas, y unas gaditanas y unas tarifeñas! (Paca da un suspiro muy grande en el balcón.) ¿Quién suspira?... ¡Demonio de mujer, no es pesada que digamos! ¿Estás ahí todavía?

PACA. Por si don Timoteo necesitaba algo. (Sin levantarse y desde el balcón.)

TIM. Sí necesito y necesita este caballero: que nos traigas unas cañitas. (Paca se levanta y se acerca.)

JAVIER. Muchas gracias: me dieron de cenar hace rato: es ya muy tarde .. y yo no tomo nada á estas horas. Por mí no se moleste usted. (A Paca.)

PACA. Entonces...

TIM. Entonces... te molestas por mí. Anda, anda y trae eso.

PACA. Sí señor, sí; ya voy, don Timoteo. (Sale lentamente abanicándose.)

JAVIER. ¡Por Dios... á estas horas manzanilla!...

TIM. Sí, sí: ya sé que es usted muy formal. Lázaro escribe dramas: usted *historia*; pero amigo, una cañita se toma en cualquier momento histórico.

ESCENA II

DON TIMOTEO y JAVIER

JAVIER. ¿En cualquier momento histórico? Pero la una de la mañana, aunque sea mañanita de verano, ¿es momento histórico, ó es momento de irse á dormir?

TIM. Para gustar... ¿eh?... para gustar un poquito de manzanilla, las veinticuatro horas del día, y las veinticuatro del siguiente, y las del otro, son las que se marcan en todos los tratados, joven. Diga usted que ya no hay jóvenes.

JAVIER. ¡Qué remedio! hay jóvenes que son viejos y hay viejos que se mueren de puro jóvenes.

TIM. Es verdad, desde que vine hace ocho días á la quinta, se refrescaron mis recuerdos y estoy como si tuviera quince años.

JAVIER. Y dentro de algunos más se sentirá usted como si tuviera quince meses.

TIM. ¡Hola! ¡hola!... ¡ironía se llama esa figura!

JAVIER. Una ironía respetuosa, don Timoteo. Pero no creí encontrar á usted en la quinta de don Juan.

TIM. Traje á Sevilla á la pobre Carmen, que está muy delicada. ¡Con aquellos disgustos!... ¡con la enfermedad de Lázaro!... ya ve usted. Conque una vez en Sevilla, se empeñó Juanito en que viniésemos aquí á pasar unos días. Y yo, por dar esa alegría á Carmen, y por contribuir al restablecimiento de Lázaro... que aseguraban que iba muy bien, consentí y aquí estamos,

JAVIER. Rejuvenecidos.

TIM. Créame usted, Javier, lo que le dije á usted antes: ya no hay juventud: Carmen, con su pechito oprimido; Lázaro, con sus nervios descompuestos; usted, con su formalidad y sus jaquecas... ¡Nosotros éramos otra cosa!

JAVIER. Quizá porque ustedes fueron... otra cosa, somos nosotros de este modo. Pero variemos de tema, don Timoteo. ¿Conque reconciliación completa y boda en perspectiva?

TIM. Le diré á usted .. le diré á usted... ¡Pero esa Paca que no trae las cañitas! (Mirando á ver si viene.) Realmente no había motivo para ofenderse. Lazaro dijo lo que dijo... ¡por la fiebre!... ¡usted le vió caer desplomado á los piés de Carmen!... ¿Qué diablos fué aquello? vaya usted á saberlo. En mi tiempo, cuando un hombre se caía así, de fijo, borrachera ó ataque cerebral, y así se simplificaba la medicina y estaba al alcance de todo el mundo. ¡Pero hoy, averigüe usted lo que tiene el que se cae!

JAVIER. Muy malo estuvo el pobre Lázaro. Sin embargo, dicen que ya está perfectamente: la enfermedad hizo crisis...

TIM. Eso dicen y él parece muy repuesto; pero es siempre un sér muy extraño... como todos los hombres de talento.

JAVIER. ¿De modo que tendremos boda?

TIM. ¡Hum!.. ¡boda!... esa es harina de otro costal. Yo nada digo por no afligir á Carmen, por no disgustar á los padres y porque no le dé al chico otro patatús. Pero ya veremos, ya veremos: por ahora no hay prisa. Si Lázaro se restablece por completo, y vuelve á ser lo que fué, y escribe algo que meta mucho ruído y que demuestre que su razón está firme... entonces claro está... ¿eh? porque Carmen... la pobre Carmen... ¡Pero esta Paca que no vuelve!

JAVIER. ¿Le quiere mucho Carmen, no es verdad?

TIM. Yo no sé... no sé... esa chica, ¡válgame Dios!... Por el pronto me la llevo: dentro de cuatro ó cinco horas á buscar el tren. Y antes de marcharme yo hablaré con Bermúdez.

JAVIER. No he visto más que un momento á Lázaro... y me ha parecido...

TIM. ¿Qué?

JAVIER. Mucho mejor: la juventud hace milagros. (¡Pobre Lázaro!)

TIM. ¡Es verdad! ¡es verdad! Yo también tuve no sé qué... y estuve... así... entontecido más de un año... mucho más... y pasó...

JAVIER. Pues no se conoce... digo que no se conoce que haya usted tenido nunca... nada... de ese género de enfermedad... ¿eh?

TIM. Pues lo tuve, lo tuve... creyeron que me quedaba idiota...

JAVIER. ¡Jesús, María y José!

TIM. ¡Pero ese demonio de mujer que no viene! ¡Se enteró de que las cañitas eran sólo para mí... y se goza en mortificarme! ¡Tiene el alma más atravesada! ¡Y

siempre fué lo mismo: usted no sabe lo que ha sido esa mujer!

JAVIER. ¿Quién? ¿la que estaba aquí hace poco?

TIM. ¡Justo: esa fué una de las hembras de más rumbo de toda Andalucía! Se llamaba Paca la tarifeña.

JAVIER. Ya, ya, ¡quién lo diría!

TIM. Lo podría decir yo, y lo podría decir Juanito, y lo podría decir Nemesio y lo podría decir todo el mundo. ¡La tarifeña! ¡la tarifeña!... La que en esta casa sirve hoy como criada ó poco más, hace veinte ó treinta años mandaba como dueña. Después... lo que pasa... rodó... rodó... ¡y adiós hermosura, adiós gracia, adiós rumbo! *La vejéz, la fealdad* y *la miseria*, los tres enemigos... no diré del alma, pero sí diré del cuerpo de las niñas guapas, se cebaron en la jacarandosa tarifeña. Juan hace cinco ó seis años lo supo... le dió lástima... y la recogió en esta quinta... como ama de llaves... ó cosa por el estilo. En fin, ella sirve en la quinta... que no servirá para mucho, porque fué siempre muy jacarandosa; pero muy holgazana.

JAVIER. ¿Conque tan guapa?

TIM. ¡Un sol!... Pero las mujeres se estropean pronto. Los hombres nos conservamos mejor. ¿Quién diría que yo tengo cincuenta y ocho años?

JAVIER. ¡Nadie!... Cualquiera le echa á usted... (¡setenta y cinco!)

TIM. ¡Ya lo creo!... Hola... me parece que viene Lázaro.

ESCENA III

JAVIER y DON TIMOTEO; LAZARO, por la izquierda. Detrás EL DOCTOR BERMÚDEZ, pero á cierta distancia de Lázaro, como observándole y estando á la mira.

LAZARO. (Mirando á don Timoteo y Javier.) Esta noche todos velamos: la velada de la despedida.

TIM. Yo lo agradezco, pero no era preciso que os molestáseis. Nos despedíamos ahora: os íbais á la cama: y Carmen y yo al amanecer, muy callandito, sin despertar á nadie, á buscar el tren.

LÁZARO. Así, así: muy callandito, sin despertar á nadie, en el silencio de la noche: así quiere usted robar á Carmen. Así se roba la dicha, ¡á traición! Pero yo velo y velaré: Lázaro resucitó, y ya no dormirá nunca. Los ojos muy abiertos para verlo todo: la cabecita de mi Carmen, (*Con ternura.*) la cabezota de don Timoteo. (*Riendo.*) Para ver el día ¡con sus luces! ¡y la noche con sus sombras! (*Asomándose al balcón.*) ¡Qué hermosa es la estrella de la mañana! ¿verdad? ¡Es la de siempre! Parece que nos hemos dado cita. «Yo me asomaré al cielo,» dice ella, «y tú te asomas al balcón... y nos miraremos.» No puedo mirarte, perdona: Carmen tendría celos. No estando ella junto á mí, no quiero mirar á nadie, no quiero ver á nadie... (*Se separa con enojo del balcón y ve á Bermúdez.*) ¡Hola, Doctor queridísimo! ¿Estaba usted ahí? ¿Me siguió usted? ¿Le mandaron á usted para cuidarme? Pues mire usted, me molesta tener siempre un centinela de vista... (*Conteniéndose y cambiando de tono.*) siquiera sea tan simpático como mi querido Doctor. (*Vienen todos al primer término.*)

BERM. Vine con usted para rogarle que no velase. Ahora se acuesta usted, descansa... y al amanecer yo le despierto á usted para que se despida de Carmen y de don Timoteo.

LÁZARO. ¡Que si quieres! Yo no soy un niño: á mí no se me engaña. ¿Qué sabe, el que duerme, lo que encontrará al despertar?... ¡Si es que despierta!... (*Se sienta.*)

TIM. Sin embargo... (*Acercándose.*)

JAVIER. Yo te doy mi palabra... (*Acercándose aún más.*)

BERM. Todos le prometemos á usted solemnemente... (*Todos le rodean.*)

LAZARO. ¡Es inútil!... ¡no se molesten ustedes!... ¡Sobre que no creo á nadie! ¡ni me fío de nadie!... No me fío de mí, y estoy siempre observándome por si acaso... en fin, yo me entiendo; conque, ¿cómo había de fiarme de ustedes?... ¡Comprendan ustedes que es pedir demasiado!... ¡Y basta!... ¡basta!... ¡he dicho que no!

BERM. Como usted quiera, Lázaro.

LAZARO. ¡Si además la velada es deliciosa! ¡Qué cielo! ¡qué noche! ¡qué río!... Estábamos hace poco abajo, en el salón que da al jardín, mi madre, mi padre, Carmen, el Doctor, yo... (Contando por los dedos.) y Paca también. Todos sentados: todos descansando, y algo soñolientos, menos Paca. En un ángulo un quinqué: las puertas de par en par: el cielo á lo lejos: el jardín metiéndose con sus enredaderas y sus rosales en el salón como para hacernos compañía: perfumes penetrantes del azahar y frescuras del río impregnando la atmósfera: insectillos de todos los colores y algunas mariposas, como engendros del aire, venían de fuera atraídas por el quinqué y revoloteaban entre la luz y la sombra, como me revolotean aquí dentro las ideas; y Paca revoloteando también entre todos nosotros... (Pausa.) ¿Qué, te ríes? (A Javier.)

JAVIER. No me río.

LAZARO. Sí: te ríes, porque he dicho que Paca revoloteaba entre mi padre, mi madre, Carmen y yo. Pues lo sostengo; ¿acaso sólo revolotean las mariposas? También revolotean las moscas y los moscardones. Y así, como yo estaba, con los ojos medio cerrados, Paca, con su traje negro y su pañolón negro de flecos, me parecía una mosca muy grande. Revoloteaba pesadamente de mi padre á mi madre, sirviendo á mi padre Jeréz y agua helada á mi madre, y entre Carmen y yo, para molestarme con preguntas y para colocar una flor en el pelo de Carmencita, rozándonos á los dos con su pañolón y sus flecos, como una mosca roza con sus alas negruzcas y peludas. Es una buena mujer, pero yo sentí re-

pugnancia, y disgusto, y frío y subí para ponerme á respirar en ese balcón.

JAVIER. Y para contemplar las estrellas.

LAZARO. Una, nada más que una. ¡Y qué ideas tan extravagantes! Si los aprendices de poeta somos así... Tiene usted razón, Bermúdez, muy extravagantes... ¡mucho!... ¡mucho! ¡Me acordaba de Paca, miraba á la estrella y sentía un deseo insensato, ridículo, pero invencible! Coger uno de mis floretes, atravesar con él el moscardón del pañuelo de flecos, como se atraviesa un insecto con un alfiler y quemarlo á la luz de aquella estrella tan hermosa. ¿Qué tal? ¡Podredumbre humana que se consume y se purifica en fuegos celestes! ¿A que no me entiende usted, don Timoteo?

TIM. Hombre, no me parece que tiene mucho que entender, y aunque uno no sea un genio...

LAZARO. ¡No se enfade usted: son bromas: ofenderle yo á usted! ¡al padre de Carmen! ¡cuando por ella soy capáz de ponerme de rodillas delante de usted y de declarar que es usted joven, y guapo, y que tiene usted talento y de obligar á todo el mundo á declararlo así! ¡Los brazos, don Timoteo! ¡los brazos! (Se abrazan.) ¡No me guarda usted rencor! ¿verdad?

TIM. ¿Hombre, por qué?

LAZARO. ¡Pues no se lleve usted á Carmen! ¡no me separe usted de ella! ¡A un enfermo se le da gusto en todo! ¡y me pondría peor... que lo diga Bermúdez! ¿Verdad que me pondría muy malo? dígalo usted... dígalo usted...

TIM. Pero si ya estás bueno.

BERM. Completamente bueno.

LAZARO. ¿Y tú, qué dices?

JAVIER. Hijo, te encuentro como si tal cosa.

TIM. Y yo tengo precisión de ir á Sevilla. Pero pronto nos volveremos á reunir. Tú no eres un convaleciente: no necesitas quedarte aquí. A casa y á trabajar.

LAZARO. Entonces, ¿cuándo será la boda? (Al oído.)

TIM. Por mí... cualquier día... pero eso, que lo diga el Doctor.

LAZARO. ¡Ese no!... ¡ese no!... ¡ah!... ¡le conozco!... y si no, que lo diga.

BERM. Depende del juicio que usted tenga: si tiene usted juicio, muy pronto.

LAZARO. Bueno, pues antes de que se lleve usted á Carmen, tienen que decidirlo. La mañana llega... faltarán dos ó tres horas... ¿ven ustedes aquella claridad? ya empieza el amanecer y de todas maneras velamos... Conque se van ustedes ahí, á ese gabinete, y ustedes fijan la fecha. Yo no estaré delante: ya ven ustedes que no puedo hacer más. ¡Pero hay que decir cuándo! ¡y que yo lo sepa! sabiéndolo, ya estoy tranquilo. Hoy falta un día menos: dos menos: tres... ya falta poco; falta poco: faltan tres días, faltan dos, falta uno, es mañana, es hoy... ¡es mía Carmen para siempre!... ¡es mía!... ¡ahora, que la arranquen de mis brazos! (Con vehemencia.) ¡Ah! ¡ya Carmen es de Lázaro!... (Cambiando de tono.) Estoy diciendo lo que sucederá... cuando ustedes fijen el día... porque en fijando el día... ya no faltan más que dos, ya no falta más que uno... ya llegó... ¡todos felices! .. (Abrazando á don Timoteo y á Javier.) ¡Verdad!... ¡verdad!... Y ahora, allá dentro.

TIM. Por mi parte, con mucho gusto, y me parece muy buena idea. ¿Quiere usted, Bermúdez?...

BERM. Estoy á sus órdenes... y si Lázaro se empeña...

LAZARO. Nada... nada... ustedes entran... ahí... y con toda libertad... Su gabinetito... el balcón abierto .. las flores de esa terraza que empiezan á tomar color... el Guadalquivir que empieza á despertar con luces plateadas... Muy bien, muy bien... van ustedes á estar perfectamente... y todo esto les inclinará á la benevolencia... ¡Que no sean ustedes muy crueles!... ¡que no fijen un plazo muy largo!... ¡porque en este mundo lo que no es hoy, no es nunca!

TIM. ¿Vamos?

BERM. Sí señor. (*Se dirigen con lentitud y hablando en voz baja, hacia la derecha.*)

LAZARO. ¡Y tú vas también! (*A Javier en voz baja y enérgica.*) ¡No me fío de ellos! ¡Los miserables! ¡dirían que nunca: anda, anda con ellos!...

JAVIER. Pero yo...

LAZARO. ¡Eh!... esperen... (*Ya están en la puerta.*) Javier les acompaña, se lo he rogado... ¡porque yo quiero que haya uno que pida por mí y por Carmen!... ¡Esto no me lo pueden ustedes negar!...

TIM. ¡Ya lo creo!... venga usted... venga usted...

JAVIER. Si te empeñas...

LAZARO. Allá los tres... los tres... y luégo se lo contaremos todo á mi madre, y á mi padre y á Carmen... Pronto... pronto...

BERM. Pasen ustedes... (*En la puerta.*)

TIM. Pase usted...

BERM. ¡De ningún modo!...

LAZARO. ¡Cualquiera!... ¡qué estoy esperando!...

BERM. Pronto terminamos... ¡Calma, Lázaro, calma!

ESCENA IV

LAZARO; *después* PACA, *con la manzanilla.*

LAZARO. Sí: tiene razón: mucha calma. Allá fuera todo está en calma: ¿pues por qué no he de estar en calma yo también? Allá fuera un crepúsculo... aquí dentro otro crepúsculo... (*Oprimiéndose la frente.*) ¡pero aquel concluirá por llenarse de luz! ¿y éste?... ¿éste?... ¡me parece que veo tras las ráfagas luminosas mucha sombra! Allá fuera, mundos, soles, la inmensidad; pues todo eso no me importa nada: ahí dentro, tres pobres diablos, y esos son los que van á decidir de mi destino. Estar amenazados de que uno de esos globos que danzan por el espacio nos aplaste á Carmen y á mí... ¡esto nos engrandecería! Pero estar amenazados de que un

Doctor y un necio me metan en una jáula y á Carmen la dejen fuera, rozando su frente pálida contra los hierros fríos... ¡esto es cruel! ¡esto es humillante!... ¡y á mí nadie me humilla! Yo valgo más que todos ellos juntos!... ¡Yo valgo más que todos!... (Deteniéndose.) ¡Más que Carmen, no!... ¡Tampoco valgo más que mi madre! Y mi padre... mi padre... ¡me quiere mucho! ¡más que yo!... ¡silencio!... Pues si es capáz de querer más que yo, ¡entonces vale más que yo!... ¡Resulta que todo el mundo vale más que Lázaro!... ¿cómo es esto posible?... Señor, ¿cómo es esto posible?... (Se pasea agitado. Entra Paca con unas cañas de manzanilla.) ¿Quién es?... Sí, Paca. Va á resultar... lo estoy viendo... que hasta esa vale más que yo.

PACA. ¿No está don Timoteo?... ¿pues para qué pide nada?... Pide y se va...

LAZARO. ¿Á quién buscas?

PACA. A don Timoteo: me pidió unas cañitas y se fué sin esperarme.

LAZARO. Trae... trae... las tomaré yo. Déjalas ahí.

PACA. (Poniéndolas en una mesita.) ¿Usted, señorito? ¿y si le hacen á usted daño?

LAZARO. ¡Á mí!... ¡pobre mujer!... mira... (Bebe una caña.) Yo bebo y tú revoloteas.

PACA. ¿Que yo revoloteo, señorito?... ¡Ay, qué cosas dice usted!

LAZARO. ¿Qué ves allá fuera?

PACA. Nada.

LAZARO. Justamente: nada: eso es lo que vemos todos. ¿Y aquí dentro, qué ves?

PACA. Toma, á usted.

LAZARO. Eso es: al hijo de don Juan, bebiendo; y á Paca, dando vueltas alrededor. (Bebe otra caña.)

PACA. No beba usted más, señorito: no está usted del todo bueno y le hará daño. Y se apurará doña Dolores y se apurará don Juan.

LAZARO. ¡Y yo apuraré la cañita! ¿Y tú, no te apurarás?

PACA. Pues sí señor: si yo le quiero bien al señorito.

LAZARO. ¡Resulta que también me quiere! ¡Todo el mundo me quiere y yo no quiero á nadie!... ¡Ah! á Carmen, sí: y á mi madre también: y á mi padre: y al pobre Javier... ¡toma, pues si quiero á todo el mundo!... Esto hay que aclararlo... (Coge una cañita.) Vamos á ponerlo en claro los dos. (Dándole una caña.)

PACA. (Deteniéndole.) ¡Señorito, por Dios!

LAZARO. No es por Dios... es por mí.

PACA. Si usted se empeña... (La bebe.)

LAZARO. Y ahora, yo. (Coge otra.)

PACA. No: usted, no. (Deteniéndole.)

LAZARO. Pues entonces, tú.

PACA. ¡Ay! por la Virgen Santísima; ¡mire que perdí la costumbre!

LAZARO. Tonta, si esto es muy sano. ¡Da fuerza! ¡me siento ya capáz!... Antes te veía toda fúnebre... ahora veo tu mantón negro... todo sembrado de lentejuelas de oro... y de pedazos de iris... como las alas de una mariposa...

PACA. ¡Ay, señorito, lo he sido!... pregúnteselo usted...

LAZARO. ¿A quién?

PACA. A nadie... á cualquiera... ¡Uy, qué sofoco! (Deja caer el pañuelo negro de la cabeza sobre los hombros.) Sí, señorito... ¡cuando decían la tarifeña!... ¡se acabó!

LAZARO. ¡Se acabó! Pues toma otra y volverás á empezar.

PACA. ¡Mire que nos vamos á trastornar los dos!... (Toman la caña.)

LAZARO. Oye, tarifeña... sílfide de otros tiempos... sirena encantadora de nuestros mayores... recuerdo apolillado de sus alegrías... ¿quieres hacerme un favor?

PACA. ¡Ya lo creo! yo tengo ley á la casa: y á todo lo que es de la casa: y al señorito, porque es de la casa.

LAZARO. Bueno: y á los que no son de la casa, no. Pues ahí dentro hay tres, que no són de la casa: don Timoteo, Bermúdez y Javier. Y esos están tratando de que no me case con Carmen. Que estoy enfermo, que soy una

mala persona, que haría muy desdichada á Carmencita... En fin, que se proponen deshacer mi boda. ¡Ves qué infamia!

PACA. Los viejos nunca quieren que se casen los jóvenes: los viejos son muy malos. Al contrario las viejas: las viejas quisiéramos que se casase todo el mundo: ¿pues para qué está la gente? para casarse: cabal. ¡Y usted y Carmencita harán una pareja!...

LAZARO. Tú eres muy buena... muy compasiva... tú no quieres que nadie pene... toma... (Le da otra caña.)

PACA. ¡Ay, sí, señorito! aunque me esté mal el decirlo... lo que es compasiva... ¡nunca hice penar á nadie!...

LAZARO. ¡Así deben ser las mujeres de buen corazón! ¡Toma!...

PACA. ¡No puedo más!... ¡no puedo más!... (Rechazándolo.)

LAZARO. Pues escucha: ese gabinete da á la terraza... y la terraza da la vuelta... ¿comprendes?... y la ventana que da á la terraza está de par en par... de manera que si sales por ahí... y te acercas... puedes oirlo todo... y si quieren separarme de mi Carmencita, me lo cuentas y yo sabré lo que tengo que hacer.

PACA. (Riendo.) ¡Qué buenas ideas tiene el señorito! ¡Ya lo creo que quiero!... ¡Los tunantes!... ¿Pero don Juan quiere que usted se case?

LAZARO. ¡Vaya si quiere!... ¡El que no quiere es don Timoteo: y el que quiere llevarse á Carmencita en cuanto amanezca, es él! ¡Y el que va á extrangular á todos esos, soy yo! ¡y la que ha de burlarlos, eres tú!

PACA. Con remuchísimo del gusto.

LAZARO. Pero antes, bajas al jardín, entras en el salón... mis padres estarán dormitando... Carmen estará despierta... ¡Carmen no duerme!... Lo sé yo. Y sin que nadie te oiga más que ella, le dices... que la espero, que suba, que al amanecer se la lleva su padre, que quiero despedirme... ¿comprendes?

PACA. Sí, señorito... ¡La despedida!... ¡Las despedidas son muy tristes!... Yo me he despedido muchas veces... ¡y siempre he llorado!

LAZARO. Bueno; pues ahora llorarás también. Lloraremos todos.

PACA. ¡No diga usted eso!...

LAZARO. Sí, tonta. Si el llorar descansa mucho: mira tú, el reir cansa, y el llorar, descansa.

PACA. ¡Pues es verdad! ¡Ay, lo que sabe usted, señorito!

LAZARO. Toma. (Dándole una copa.) Vamos á echar nosotros también nuestra despedida: ¡choca!... ¡choca, ex-tarifeña!

PACA. ¡A la salud de la señorita Carmen!

LAZARO. ¡A la salud del hombre que más hayas querido... cuando hayas querido!

PACA. Pues á la salud... ¡A la salud de toda la familia!

LAZARO. Mira, ni una gota. (Vaciando la caña.)

PACA. Yo lo mismo.

LAZARO. Y ahora, á llamar á Carmen... y en seguida, á escuchar lo que dicen esos...

PACA. Allá voy... déme otra para tomar aliento.

LAZARO. ¡Toma hija, toma!...

PACA. ¡Verá usted quién soy yo... (Se dirige al gabinete.)

LAZARO. No... por ahí no... te he dicho por la terraza. (Haciéndola salir por la terraza.)

PACA. Ya... ya... ¡si conoceré yo todo esto!... ¡me quiere enseñar él la casa! (Riendo.)

LAZARO. Pues despacha... y lo primero, que venga Carmen.

PACA. Mucho... mucho... pero no la haga usted llorar... ¡pobrecilla!... ¡pobrecilla!... ¡á los hombres les gusta hacer llorar á las mujeres! pero ella... ella... si es tan poquita cosa... ¡Jesús, qué calor! (Sale por la terraza.)

ESCENA V

LÁZARO; después CARMEN

LAZARO. ¡Me encuentro más animado!... ¡Siento que acude la fuerza á mis brazos!... ¡Para defender á Carmen necesito tener mucha fuerza! ¡Pues ya la tengo!... ¡Todo amanece!... ¡todo resucita!... ¡todo vuelve!... ¡La luz

al horizonte, la vida á mis músculos y Carmen á mí!... ¡Lázaro es Lázaro!... ¡Llegó el momento de la lucha! ¡de la lucha suprema!... ¡Pero aquí no se puede luchar! ¡todo blando!... ¡la alfombra, blanda... los divanes, blandos... el Oriente, lleno de gasas y de copos de algodón!... ¡Yo necesito roca en qué apoyarme... espada que corte... maza que aplaste... durezas, ángulos, metales que me resistan!... ¡y todo reducirlo á polvo!... ¡Yo siento sangre arremolinándose en las sienes! (Oprimiéndose la frente.) ¡fuego en el pecho! (Oprimiéndose el pecho.) ¡torniquetes en mis brazos!... ¡Carmen!... (Carmen aparece en la terraza con Paca que la señala á Lázaro. Luégo desaparece Paca.)

CARMEN. ¡Lázaro!

LAZARO. (La oprime frenéticamente entre los brazos.) ¡Carmen, Carmen mía!... ¡Ahora que digan lo que quieran esos imbéciles... y que vengan á buscarte!

CARMEN. ¿Pero qué tienes?... ¡Dios mío, no comprendo!

LAZARO. ¿No comprendes? ¡que te quiero más que á mi vida! ¡Y que nunca te lo he dicho!

CARMEN. Sí: me lo has dicho muchas veces.

LAZARO. Pero de mala manera: fríamente: torpemente .. ¡si es que no hay modo de decir estas cosas! palabras vulgares, frases vulgares... ¡que te quiero más que á mi vida! ¡más que á mi alma! ¡que eres mi dicha! ¡que eres mi esperanza, mi ilusión!... ¡psch!... ¡Esto lo dice todo el mundo!.. Esto se ha profanado en todos los labios.

CARMEN. ¡Cuando te lo oía decir, me parecía que eras tú el único en el mundo que ha dicho esas cosas!

LAZARO. ¡No, tontina! ¡Si lo dicen todos!... ¡y yo no quiero decir lo que dicen todos!... ¡Porque tú no eres como las demás y para tí hay que inventar otras cosas!... Vamos á ver, ¿qué inventaré?

CARMEN. ¡Lo que tú quieras! pero mientras las inventas... puedes seguir diciendo eso que decías... porque á mí me suena bien... y si á tí no te molesta...

LAZARO. Es que tú no habrás comprendido nunca lo que yo te quiero, porque yo no he sabido explicarme: ni yo mismo lo supe hasta hoy. ¡Veía á mi alrededor un horizonte inmenso y me distraía contemplándolo: mundos, maravillas, resplandores, sonidos, melodías! ¡Pero ahora todo se obscurece, todo se estrecha: un fondo negro que se cierra, algo así como una pupila estupenda que se encoge, y en el centro, no queda más que un circulito de luz y en él una imagen: la tuya: ya se borró todo, ya no queda más que Carmen, y en Carmen reconcentro todo lo que me resta de vida, de ansia, de pensamiento, de amor! ¡Que no se acabe de cerrar la pupila, porque entonces me quedaré en tinieblas!

CARMEN. ¿De modo que me quieres más de lo que yo pensaba? ¡qué alegría!

LAZARO. ¡No hay motivo para estar alegre; porque quieren separarnos!

CARMEN. ¿Quiénes?

LAZARO. ¡Aquellos!... (Señalando el gabinete.)

CARMEN. ¿Por qué?

LAZARO. Porque no he sabido explicarles lo que eres tú para mí, y tú tampoco has sabido: y ellos creen que nos consolaremos, que nos resignaremos, que no hay más que decir: «á encerrar á Lázaro, á llevarse á Carmen.» ¿Tú consientes?

CARMEN. Yo, no, nunca: no, Lázaro, no me resigno: yo no puedo hacer más que una cosa: morirme... pues me moriré. ¿Puedo hacer algo más?

LAZARO. No: con eso está bien: basta con eso.

CARMEN. ¡Pero tú puedes defenderme!

LAZARO. ¡Defenderte!... ¿cómo?... Si. . te defenderé... pero ¿cómo?

CARMEN. Pero, ¿quién nos amenaza?

LAZARO. ¡Yo no sé!... ¡Yo no puedo explicarlo bien!... ¡yo estoy ahora así como en las lindes de un desierto: un desierto es mucha arena, que no acaba nunca! ¡mucha

soledad, que no se llena nunca! ¡mucha sed, que no se apaga nunca! ¡y un cielo que se aplasta en el centro como si se fuese á caer... y que no se cae nunca!... ¡Si al menos se desplomase, todo acabaria!

CARMEN. Sí, mucha tristeza, que no acaba nunca: así estaba yo cuando dudaba de tí: es verdad, el mundo era un desierto.

LAZARO. ¡Pues en ese desierto coges un puñado de arena y empiezas á contar granillos... uno, dos, tres... cientos, miles y no acabas de contar... Y no es más que un puñado... y coges otro... y coges otro... y no se acaba nunca el arenal... Y corres y corres .. y nada, hasta el horizonte todo colmado de arena!

CARMEN. ¿Pero eso, qué quiere decir?... ¡no lo comprendo!

LAZARO. Eso quiere decir... es bien claro... ¿lo ves?... á mí me parece claro y tú no lo comprendes... Quiere decir, que yo que soñé con los aplausos, con la gloria, con mi Carmen, para recoger con ella gloria y aplausos, voy á tener que estar contando granillos y granillos, puñados y puñados de arena, días, y noches y años... ¡y hasta el fin!... ¡si es que hay fin!... ¡que yo no sé si hay fin!

CARMEN. ¡Lázaro!... ¡Lázaro!... ¡no digas eso!... ¡no mires de ese modo!

LAZARO. ¡Pues sálvame!... ¿Pues para qué te he llamado, sino para que me salves?

CARMEN. ¡Sí te salvaré!... ¿Pero cómo?

LAZARO. ¡Pues discurre si me quieres tanto!... Supón que nos vamos á despedir para siempre... porque estamos al borde de ese desierto... los dos junto á una fuentecilla, ¡la última! Tiene agua fresca, ¡la última! Al caer el caño en el tazón, forma espumas, ¡las últimas! y quiero beber por última vez y refrescarme el rostro y echarme espumas á los labios para que se cuajen en sonrisas... Ayúdame... mírame. . habla... ríe... canta... llora... ¡haz algo, Carmen!... que ya me separo de tí... que ya me voy por el desierto...

¡haz algo!... échame, al menos, con las manos unos paletazos de agua... ¡que algunas gotas me caerán en el rostro!... (Carmen le estrecha en sus brazos.)

CARMEN. ¿Pero por qué dices eso?... ¡No te comprendo!... ¿Estás triste?... ¿estás enojado?... ¿estás enfermo?... ¡Estos días anteriores.. esta misma mañana estabas tan bueno!... ¡tan alegre!... ¡Lázaro!...

LAZARO. Es que dicen aquellos... que voy á olvidarte... que ya no te conoceré... que estarás junto á mí, y yo... sin sospecharlo... como un niño... como un idiota...

CARMEN. ¡No!... ¡Eso no!...

LAZARO. ¿Pero y si fuese?

CARMEN. ¡No será!

LAZARO. ¿Por qué no? (Empieza á vagar su mirada y apenas oye lo que sigue: pone cara de idiota y se le caen los brazos.)

CARMEN. ¡Porque yo estaré junto á tí! ¿y no has de verme? Porque yo te llamaré, «¡Lázaro!» ¿y no has de contestarme? ¡Porque yo lloraré mucho, mis lágrimas caerán sobre tí! ¿y no has de sentirlo? ¡Soy débil como un niño, pero los niños también se agarran con fuerza! ¡Lázaro, atiéndeme! ¿no atiendes á lo que te digo? ¡Soy Carmen!... ¡Mírame!... ¡Aquella cabecita pálida que tú decías, está tocando tus labios!... ¡Mira, te sonrío!... ¡ríe tú!... ¡contéstame!... ¡Lázaro!... ¡Lázaro!... ¡despierta!... ¿Me oyes? ¡A dónde miras!...

LAZARO. Sí... ya lo sé... ya lo sé... pero llama á mi madre...

CARMEN. ¡No!... ¡yo sola!... ¡nos separarían!... ¡los dos solos!.. ¿para qué quieres que venga tu madre?

LAZARO. Para dormir.

CARMEN. (Mirando á todas partes.) Pues reclínate en mí... ¡Duerme en mis brazos!...

LAZARO. ¡Tontina, no!... ¡para dormir, en los brazos de mi madre!... ¡pues para eso sirven las madres!... ¡Cuando despierte te llamaré!

CARMEN. ¡Lázaro!...

LAZARO. ¡Llámala!... ¿no te digo que la llames?... ¡obedece, egoista!... ¿tú tampoco quieres que descanse?

CARMEN. ¡Sí!... ¡la llamaré!... (Caminando hacia la puerta.) ¡Dios mio!...

LAZARO. ¿Vas, ó no vas?... ¿ó tendré que ir yo?

CARMEN. No... espera... es que yo no puedo... (Asomándose á la izquierda.) ¡Dolores!... ¡don Juan!...

LAZARO. ¡He dicho á mi madre!... ¡Sólo quiero una persona!.. ¡Una!...

CARMEN. ¡Pues estaba yo!...

LAZARO. ¡No, ella!... ¡A tí no te puedo decir, madre!

CARMEN. ¡Dolores! (Llamando.)

LAZARO. (Yendo tras ella.) ¡Madre!... (Llamando.)

CARMEN. ¡Ya vienen!

LAZARO. ¡Vienen muchos!... ¡no decía yo tantos!... Tendré que defenderme y para defenderme... necesito tener buen ánimo... (Bebe una copa.)

CARMEN. ¡Pronto!... ¡Aquí!... ¡Dolores!...

ESCENA VI

LAZARO, CARMEN, DOÑA DOLORES y DON JUAN

Lázaro en pié.

DOL. ¿Por qué llamabas?... ¿Acaso Lázaro?...

JUAN. ¿Qué tiene Lázaro?

LAZARO. Nada: se asustó Carmen... no sé por qué... y llamó...

CARMEN. Parece que está mejor. Lázaro, ya están aquí. ¿Quieres que me quede yo también?

LAZARO. ¿Por qué no? Sí; todo el mundo á mi alrededor. Como estábamos abajo. Mi madre, mi padre, Carmencita, yo... falta uno... ¡Ah!... ¡Paca!... ¡Todavía tengo memoria!... (Riendo.) ¡Pues sí; falta Paca!... ¡Ea! á sentarnos como antes, y á esperar que llegue el día. Ya va amaneciendo... Miren, miren cuánta claridad á lo lejos... ¡Gran velada! ¿y por qué velamos?

DOL. ¡Tú lo has querido!...

JUAN. ¡Sí, hijo: tú fuiste el que se empeñó!... y queriendo

tú una cosa, ¿para qué estamos todos sino para darte gusto?

LAZARO. Teníamos que despedir á Carmen: una despedida es cosa muy solemne, y muy triste, y muy desconsolada y yo necesito que me consoléis: ven tú, madre, á este lado: venga usted también (*A su padre.*), á este otro lado: yo entre los dos: y vosotros me decís que esta separación es pasajera, que pronto nos reuniremos todos, que me reuniré á Carmen para siempre... esas cosas que se dicen: aunque no sean verdad, se dicen. (*Doña Dolores y don Juan se sientan á uno y otro lado de Lázaro.*)

DOL. ¡Pero si es verdad!...

JUAN. ¡Pues no faltaba otra cosa!... (*Carmen se acerca al grupo.*)

CARMEN. Sí, Lázaro: nos reuniremos muy pronto.

LAZARO. (*Con enojo.*) ¡Tú, no te acerques! ¡Tú, lejos!

CARMEN. ¡Lázaro!... (*Alejándose con angustia y dolor.*)

DOL. Lázaro, mira que la pobre Carmen se aflije.

JUAN. Vamos, ven, hija mía, ven: Lázaro quiere que vengas.

LAZARO. ¡No puede ser!... ¡Si ella se va!... ¡Si se va, debe estar lejos, señor! Y yo desde lejos le digo «¡adiós, Carmen! ¡adiós, te quiero mucho!» (*Con pasión.*) ¿Lo ven ustedes? no es que no la quiera, es que las cosas deben ser lo que son.

CARMEN. (¡No es posible!... ¡no es posible!... ¡mi Lázaro!) (*Conteniendo el llanto.*)

DOL. ¿Qué tienes? (*A su hijo.*)

JUAN. ¿Cómo estás, Lázaro?

LAZARO. Muy bien: entre vosotros muy bien: como cuando era niño: con la misma tranquilidad y la misma paz que entonces.

DOL. ¿Te acuerdas?

LAZARO. Sí; ¡pues si mi cabeza está muy firme! ¡Con qué claridad me acuerdo de aquellos tiempos!...

JUAN. ¡Lo ves! (*A doña Dolores.*) si está bueno: como todos estos días. Es que Carmen se alarmó sin motivo.

CARMEN. Eso es... sin motivo...

JUAN. ¡Su cabeza está aún más segura que la nuestra!... Así, entre los dos.

LAZARO. No... ahora me acuerdo del todo: entre los dos, no: estaba solo con mi madre; ¡usted no estaba!... ¡quite usted, quite usted!... (Rechazándole sin violencia.)

JUAN. ¡Eso no lo recuerdas bien, Lázaro! (Con humildad.) Estábamos los dos junto á tí muchas veces! (Con angustia.) ¿No es verdad, Dolores? (En tono de súplica.)

DOL. Sí, hijo mío.

LAZARO. ¡No!... ¡no me contradigan!... ¡Sólo con ella! (Abrazándola.)

DOL. ¡Hijo mío!

JUAN. ¡Por qué me rechaza!... ¿Puedo quererle más de lo que le quiero?

LAZARO. ¡Ah!... sí.. pues tiene usted razón, padre...

JUAN. ¿Lo ves?... ¡Decía yo bien!...

LAZARO. Sí, una vez estuvimos como estamos ahora; ¡ajajá!

JUAN. ¡Lo mismo que ahora!

CARMEN. ¡Ay, su mirada... su mirada!...

LAZARO. ¡Sch!... ¡sch!... Como ahora, no: como ahora, no. Mi madre estaba despeinada, llorosa, pero hermosísima... y usted soberbio y desdeñoso, pero gallardo y elegante... ¡vaya! y ella llorando, sollozando y usted riendo; ¡y reñían ustedes! ¡de qué modo!... ¡daba miedo!

JUAN. ¡Eso no!

LAZARO. ¡Eso sí!... ¡Si lo estoy viendo!

CARMEN. (Su mirada... ¡cómo busca por todas partes!...)

JUAN. No te enfades... pero no lo recuerdas bien...

LAZARO. ¡No me contradigan! (Colérico.) ¡Reñían ustedes!... ¡Lo sé yo... lo veo yo! .. ¡como que siento todavía aquel miedo!...

JUAN. ¡Lázaro!...

DOL. ¡Calla! (A don Juan.)

JUAN. Bueno: pues reñíamos: una disputilla...

LAZARO. ¡No... no... no era una disputilla! (Riendo.) ¡Era una lucha desesperada!... ¡reñían ustedes á muerte!... ¡Y usted, padre, quiso cogerme... y me cogió usted!... ¡Y

me hizo usted una caricia! (Riendo.) ¡Vamos, vamos, no ha sido usted tan malo!

JUAN. ¿Lo ves, Lázaro? ¿lo ves?...

LAZARO. Pero mi madre me arrancó de esos brazos y me apretó entre los suyos, y le dijo á usted... «¡quita, vete: vete á gozar, vete á encharcarte! ¡Déjamelo á mí!»

JUAN. No, Lázaro... me parece que no... ¡como eras tan niño, no lo recuerdas!

DOL. ¡Silencio! (A don Juan.)

LAZARO. Y usted gritó: «¡bueno, pues quédate con él y *buen provecho*! ¡*buen provecho*! ¡qué desprecio! ¡y me empujó usted!...»

JUAN. ¡Eso no!... ¡eso sí que no!... ¡no lo hice nunca!

LAZARO. Sí...

JUAN. ¡No!...

LAZARO. ¡Digo que sí!... (Colérico.) ¡Me empujó usted!... ¡Déjeme usted, padre... déjeme usted sólo con mi madre... allá... allá... lejos... lejos, con Carmen! (Rechazándolo.)

JUAN. (Se aleja y se abraza á Carmen.) ¡Ay, mi Lázaro: mi Lázaro!

LAZARO. ¡Allá están los desterrados: en su valle de lágrimas! (Se lo dice, riendo, á su madre.)

CARMEN. ¡No es posible!... ¡no es posible!... ¡que vengan... que vengan... que le salven!

JUAN. ¡Sí... que le salven!...

LAZARO. ¡Ahora, contigo! (A su madre.)

DOL. ¡Conmigo... conmigo siempre!

LAZARO. ¡Contigo siempre!... ¡No... eso tampoco es verdad!... No recuerdan ustedes nada, señor: aquí nadie recuerda más que yo. Me enviaste fuera... muy lejos... á un colegio maldito... Yo quería quedarme contigo y tú dijiste: «¡que se lo lleven, que se lo lleven!» *Él*: (Señalando á su padre) «*quédate con esa*» y se va. Tú, «que se lo lleven» y te quedas sola. Los dos, los dos os separastéis de mí. ¡Oh, de todo esto me acuerdo muy bien y antes no me había acordado nunca! ¡Parece que algo va fundiéndose dentro de mi cerebro; que algo

va barriendo los detritus de todas las ideas de hoy, y como en terreno que arrastra el torrente brotan á la luz las antiguas capas, brota aquí dentro el mundo entero de mi niñéz! ¡Eso es, y me acuerdo de todo! ¡Sin un beso de los dos, me dormí noches y noches! ¡Sin que nadie me acariciara, me desperté mañanas y mañanas!... Solo viví... solo seguiré... vete... vete con aquellos, madre... (Rechazándola dulcemente.)

DOL. ¡Ah... por tí!... (A don Juan. Volviéndose.) ¡Lázaro!...

LAZARO. ¡He dicho que quiero estar solo!... Si te quiero mucho; pero háganse ustedes cargo que las cosas han de ser precisamente como son. (Se reunen los tres. Doña Dolores, Carmen y don Juan: Lázaro los contempla con sonrisa vaga.) Así estamos bien. Cada cual en su sitio: á cada cual lo suyo. Pero tampoco quiero estar tan solo. Que venga Paca... ¡Paca!...

JUAN. ¿A quién llama?

LAZARO. ¡Á ella!... ¡Paca!...

ESCENA VII

CARMEN, DOÑA DOLORES, DON JUAN, LÁZARO y PACA

PACA. ¡Señorito!...

LAZARO. Ven: aquí: muy cerca. Ya no estoy solo. (A los demás.) ¿Lo ve usted, padre? Ya tengo compañía: y compañía más alegre que la de ustedes, que están tristes y sombríos como la muerte. Toma una cañita, Paca, y dame otra, y bebamos como antes.

DOL. ¡Lázaro!...

PACA. ¡Señorito!... bebí mucho... y ya no sé... ya tengo la cabeza...

LAZARO. Sí... lo mando... tú y yo.

JUAN. ¡No, por Dios!

LAZARO. ¿Por qué?... ¡Ah, egoístas, los que gozan y no quieren que gocen los demás!... ¡Yo quiero gozar también!... ¡Que se me acaba la vida y he de aprovecharla!...

¡Bebe, tarifeña, bebe: y ríe, y danza y revolotea!... ¡Y cuéntame de tus alegres juventudes; algo que me regocije, que me inflame la sangre, que ya siento que se va quedando helada. ¡Carcajadas, orgías, danzas, amores; algo que sacuda mis nervios, que yo siento que se acorchan! ¡Vamos, tarifeña, dame vida, que soy joven y quiero vivir!

JUAN. ¡No más!... ¡no más!... ¡yo no puedo ver esto!... ¡yo no puedo oir esto!

DOL. ¡Por Dios!

JUAN. (Se desprende de todos y se acerca á Paca, cogiéndola por un brazo.) ¡Vete!

LAZARO. (Cogiéndola también.) ¡No se va!

JUAN. ¡Yo lo mando!

LAZARO. ¡Y yo también!

JUAN. ¡Por la salvación de mi alma, que si no te vas te arrojo por ese balcón al río! ¡Mira que tú no sabes lo que yo soy! ¡Pronto!

LAZARO. ¡He dicho que no! (Con ira.) ¿Es que te gozas en atormentarme?

JUAN. (Cayendo de rodillas á los piés de su hijo.) ¡Lázaro, deja por Dios que se marche esta mujer!

LAZARO. ¡Pobre hombre!... ¡Ay, los cabellos blancos! (Acariciándolos.) ¡Y está llorando!... ¡pobrecillo! ¡Bueno!... ¡ya ves cómo se aflije!... vete, mujer; vete... ¡cómo ha de ser! (Se aleja Paca.)

JUAN. ¡Ay, mi Lázaro!... ¡mi dicha!... ¡mi castigo!

LAZARO. ¡Si no quiero castigarte!... ¡si no quiero castigar á nadie!... ¡si lo que deseo es que todos estemos alegres!... Vamos, mujer, ya ves que no te quiere nadie... vete... ¿no lo has oído?

PACA. ¡Si tengo antes que decir lo que dicen aquellos: si usted me lo mandó!

LAZARO. ¿Yo? (Con extrañeza.)

JUAN. ¿Qué dicen? (Se levanta: todos rodean á Paca.)

PACA. ¡Maldades!... ¡Que no quieren que se casen estos dos!

CARMEN. ¡Dios mío!

JUAN. ¿Por qué?... ¡habla!
DOL. ¡Calla!...
JUAN. ¡Dílo bajo!
PACA. Porque al señorito le va á dar ¡el último!... y se acabó: y á usted, (*A Carmen.*) se la lleva su padre.
DOL. ¡Ah!... (*Corre á abrazar á su hijo que ha seguido con la mirad al grupo.*)
CARMEN. ¡No!... ¡Yo con él siempre!... (*Desesperada.*)
JUAN. ¡Bermúdez!... ¡aquí!... (*Precipitándose al gabinete.*)
PACA. (Bueno es que lo sepan.) (*Aparte.*)

ESCENA VIII

DOÑA DOLORES, CARMEN, LÁZARO, DON JUAN, PACA, BERMÚDEZ, DON TIMOTEO y JAVIER

JUAN. ¡Bermúdez!... salve usted á mi hijo y pídame usted mi alma, mi vida... todo lo que usted quiera... ¡qué no le daré yo!... ¡pero sálveme usted á mi Lázaro!
DOL. (*Corriendo al encuentro de Bermúdez: con Lázaro solo queda Carmen.*) Bermúdez, ¡una esperanza! ¡una esperanza! (*Bermúdez seguido de doña Dolores y don Juan se acerca á Lázaro. Don Timoteo se acerca á Carmen. Javier aparte.*)
TIM. Vamos, Carmen: hija mía, vamos. Se hace tarde.
CARMEN. ¡No!... ¡con él!... ¡Así no le dejo!...
TIM. Es preciso: por Dios, hija. (*Separándola.*)
CARMEN. ¡Lázaro, nos separan!...
LAZARO. (*Haciendo un esfuerzo supremo se incorpora.*) ¿Quién?... ¿Ese viejo? ¿esa escoria?... ¡escorias, al montón de loi nservible!... ¡paso á la vida! ¡paso al amor!... ¡Carmen, á mis brazos!... (*Se precipita á ella: la coge y la lleva al balcón. Los demás les siguen.*) ¡Mira, qué horizonte! ¡cuánta luz!... ¡Ven, funde tu alma con la mía, retuerce tu cuerpo con el mio y á meternos entre aquellas llamaradas! ¡Sí... ven... Carmen... ven! (*Los separan á la fuerza, y traen á Lázaro que se desploma al fin en el sofá.*)
BERM. ¡La última llamarada! (*La disposición de los personajes es*

la siguiente: Lázaro en el sofá de la derecha: don Juan, vacilente, cae en el sofá de la izquierda ocultando el rostro entre las manos; como para darle ayuda se coloca á su lado Paca. Hacia la izquierda, don Timoteo y Carmen. Javier con doña Dolores en el centro. Bermúdez en pié contemplando á Lázaro. Pausa. Lázaro inmóvil.)

JAVIER. (En voz baja á Bermúdez.) ¿Está muerto?

BERM. ¡Ojalá!

JUAN. ¡Cuántas mañanas desperté aquí mismo!

PACA. ¡Es verdad!

JUAN. ¡Silencio!... ¡Y mi Lázaro no despierta!

DOL. (A Bermúdez.) ¡Pero es que no tengo en la vida más que á Lázaro!... ¡Por Dios, Bermúdez, piense usted en esto!

TIM. ¡Carmen!

CARMEN. ¡Es inútil, padre!... ¡No le dejo!

BERM. ¡Silencio!... ¡silencio!... Rompe el día .. el sol empieza á salir... Lázaro parece que vuelve en sí... Levanta la vista... la fija en la luz que nace... oigamos... oigamos... ¡es decisivo!

JUAN. ¿A ver qué dice?... ¿Me llamará?

DOL. ¡A mí es á quien va á llamar!

CARMEN. ¡A mí, no me llamará!

LAZARO. (Mirando de cara al sol que nace.) ¡Madre!...

DOL. (Corriendo á él y abrazándole.) ¡Lázaro!

LAZARO. (Señalando el sol.) ¡Qué bonito!...

JUAN. (Cayendo de rodillas junto al sofá y levantando los brazos: Paca le sostiene.) ¡Señor! ¡Señor!

DOL. ¡Lázaro!...

LAZARO. ¡Muy bonito!... ¡muy bonito!... ¡Madre... dame el sol!

DOL. ¡Ah!... ¡Dios mío!

LAZARO. ¡El sol... el sol... quiero el sol!

JUAN. ¡Mi hijo!... (Siempre de rodillas cae contra el sofá: Paca le sostiene.)

DOL. ¡Hijo mío! (Abrazándole.)

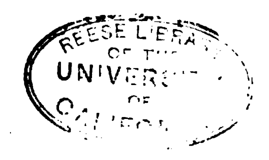
CARMEN. ¡Lázaro de mi vida! (Abrazándose desesperada á su padre que la sujeta.)

BERM. ¡Para siempre!

LAZARO. ¡Madre... el sol... el sol!... ¡Dame el sol! (Dice esto como un niño y con cara de idiota.)

JUAN. Yo también lo pedí... Jesús, ¡mi Lázaro ¡mi Lázaro!

LAZARO. ¡Damé el sol!... madre... madre... ¡el sol! ¡por Dios!... ¡por Dios!... ¡por Dios madre, dame el sol!



FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas tragicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en prosa y en tres actos

Dos fanatismos, drama en prosa y en tres actos.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rigidos, drama en tres actos y en verso precedido de un diálogo-exposición en prosa.

Siempre en ridiculo, drama en tres actos y en prosa.

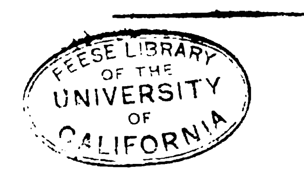
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de don Juan, drama original en tres actos y en prosa inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.



ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.